



## Don Modesto López Otero

Nació en Valladolid el día 24 de febrero del año 1885, y en esta ciudad cursó sus estudios de bachiller. Se trasladó a Madrid para cursar los estudios de Arquitectura, obteniendo el año 1910 el título de arquitecto con el número uno de su promoción, concediéndosele con este motivo el premio Pessol de Viena para ampliación de estudios en aquella ciudad.

En el año 1911 le fueron concedidos los dos primeros premios en los concursos de la Sociedad "Amigos del Arte" y "Círculo de Bellas Artes".

En el año 1912 obtiene la Medalla de Oro de la Exposición Nacional.

En el año 1913 ganó por oposición la Cátedra de Proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid, y en el mes de octubre del año 1923 fué nombrado, a propuesta del claustro de profesores, director de dicha Escuela, cargo que desempeñó hasta su jubilación en el mes de mayo de 1955.

El día 9 de mayo del año 1926 ingresó como académico numerario en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, versando su discurso de ingreso sobre el tema "Una influencia española en la arquitectura norteamericana", en el que exaltaba el estilo llamado hasta entonces de "misiones" y que caracteriza la obra de los arquitectos norteamericanos de California.

El año 1941, y por fallecimiento de don Luis de Landeche, fué elegido censor de la Academia, cargo que desempeñó hasta el mes de diciembre de 1955, al ser nombrado director de la misma.

Al tener iniciación el año 1928, el proyecto de la construcción de la Ciudad Universitaria de Madrid fué designado por Su Majestad el Rey Alfonso XIII arquitecto-director.

Al frente de estas obras consagró la mayor parte de su vida hasta el momento de su fallecimiento, el cual le sorprendió cuando por encargo del excelentísimo señor ministro de Educación Nacional preparaba el proyecto de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas.

El año 1929 fué elegido académico de número de la Real Academia de la Historia.

Entre los cargos que desempeñaba, aparte de los ya mencionados, están:

Presidente de la Junta Facultativa de Construcciones Civiles del Ministerio de Educación Nacional.

Decano honorario del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

Vicepresidente del Patronato del Museo Nacional del Prado.

Consejero del Instituto "Eduardo Torroja".

Miembro del Patronato del Museo Nacional de Arte Moderno.

Era académico correspondiente de estas Academias nacionales y extranjeras:

Academia Real de San Carlos, de Valencia. The Hispanic Society of America, de Nueva York. Instituto de Coimbra. Academias nacionales Argentina y Colombiana de la Historia. Academia de las Artes y de las Letras de la Habana. Miembro de Honor de la Sociedad de Arquitectos y del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

José Luis de Arrese, primer Ministro de la Vivienda.

Me corresponde en calidad de arquitecto, de discípulo y de primer ministro de la Vivienda, el triste privilegio de dedicar unas palabras iniciales en el número necrológico de nuestra Revista a la vida apretada y copiosa de don Modesto López Otero.

No es este el momento, por doloroso y por cercano, de mirar con análisis crítico la fecunda labor profesional que realizó; día llegará cuando se haga la historia de la Arquitectura española en la primera mitad del siglo XX, en que se estudie su obra y se sitúe el perfil acusado de su figura, entre el número de buenos arquitectos

que con clara visión hicieron posible esa especie de salto mortal de las formas, desde aquella arquitectura de principios de siglo cerrada, individual y faraónica, a esta de hoy, ágil, sincera y alegre. Pero sí quiero dejar esbozado el panorama en el cual desarrolló su madurez, porque de él hay que partir y en él hay que situarse para comprender la importancia de su labor.

El siglo XIX se había caracterizado en lo social por la llegada a la vida pública de un factor singular, que contrariamente a la valoración que proclamaba, reducía al hombre a la simple calidad de ciudadano, es decir, de número, es decir, de masa. No voy a profundizar en esto, para que nadie suponga al antiguo ministro secretario general del Movimiento introduciendo en una revista profesional el matute de su equipaje político; pero es interesante decirlo, porque esa floración anónima de la masa, ese hundimiento del hombre en algo que se contaba sólo por el número y se valoraba sólo por la fuerza, fué la que proyectada sobre la vida colectiva, trajo la nueva dimensión de la ciudad.

En virtud de este proceso, la arquitectura del siglo XIX se hizo también ciudadana; con todo su anonimato y su elegantismo; con toda su uniformidad y su prestancia; con todos sus defectos y sus virtudes; y al hacerse ciudadana, se hizo ordenancista, frente a la anarquía ibérica de los pueblos; dictadora de alturas y de alineaciones, frente a la personalidad sin medida de las construcciones populares; propagandista del asfalto, frente al jovial colorido de las margaritas del campo.

Así, del mismo modo que el hombre se fué haciendo masa, la casona se fué haciendo colmena y la familia, vecindad. Y por la misma razón que el hombre tuvo para huir del campo, la arquitectura huyó del aire, del sol y de la vegetación; del aspecto urbano fué adquiriendo ese criterio cerrado de fachadas macizas y sólidos balconajes concebidos para ser mirados desde afuera y no para ser utilizados. A cambio de estas renunciadas, la ciudad, como el nuevo rico que viste de librea a sus gañanes, fué sustituyendo la espontánea alegría del vivir por la solemnidad. La arquitectura del hogar en las ciudades dejó de ser humana y se hizo monumental.

Pues bien, ante este panorama hacinado y solemne, es preciso situar la presencia de una generación de arquitectos que nacen a la profesión con el siglo y cuyo último representante, quizá el más significativo, es López Otero. Otros, por solo citar los fallecidos, son Palacios, Anasagasti, Muguruza, etc., y cada uno tiene su papel en esa revolución artística que ha hecho posible la abierta y luminosa arquitectura de nuestros días.

Palacios, con Otamendi, es el último monumentalista, y su aportación significa el intento de abrir los oídos al canto del gallo que anuncia un nuevo amanecer. Junto a la solemnidad, a lo templo griego del Banco

Central, vienen los edificios de Bellas Artes y de Comunicaciones, como un paso al frente en el tímido esfuerzo de armonizar lo grandioso con lo útil, lo macizo con lo ágil, lo solemne con lo dicharachero.

Anasagasti trae a la profesión el abrazo colectivo de las artes. Vuelve a soñar con la vieja figura del arquitecto, architécnico, es decir, director universal de la sinfonía constructiva (una y varia, sin hijos pródigos de ninguna especie) y aporta la pintura y la escultura al conjunto ornamental de la construcción, considerando las artes decorativas como hermanos traviesos que alegran la severidad de la cornisa.

Una anécdota suya refleja su estilo. Había escrito yo, siendo su alumno, un artículo para no sé qué periódico y se lo di a conocer; lo leyó, y al devolvérmelo me dijo: "Precioso, pero denso; ponga puntos y apartes, muchos puntos y apartés." En este consejo se encierra toda su preocupación estética; su arquitectura está llena también de puntos y apartes; de macizos y de vanos; de salpicaduras de color y de talla; de motivos, en fin, encargados de quitar densidad al conjunto y distraer la mirada.

Muguruza es el genio del equilibrio y de la serenidad; es el hombre con quien debieran hacer ejercicios los que sienten propensión a la extravagancia; los que por afán de notoriedad o por vocación epiléptica viven rozando la esquizofrenia artística. Lo conocí muy bien porque fuimos incluso colaboradores en algunas obras y siempre admiré, junto a la soltura de su lápiz, la disciplina de su cerebro, correcto, ajustado y noble, sin concesiones de ninguna clase a la demagogia del arte.

López Otero participa de todo esto, pero, además, es el que primero y más tenazmente abrió los muros a la luz del sol y asomó los interiores al paisaje; de eso a llenar de terrazas las fachadas y de flores los balcones, sólo hay un paso; López Otero es de los arquitectos pre-revolucionarios, el que simboliza mejor el final de una corriente y el principio de otra. Si el siglo XIX se caracteriza por el triunfo de la ciudad sobre el campo, el XX será, y en buena parte se le debe, la victoria del campo sobre la ciudad; menos asfalto y más vegetación; menos ordenancismo y más personalidad; menos querer que el hombre se adapte a la arquitectura y más procurar que la arquitectura se amolde a las necesidades del hombre; menos perifollos y más sinceridad.

Y no es que fuera llevada su vida por la fácil corriente de las circunstancias favorables, porque tuvo problemas difíciles que resolver. Problemas unas veces de contorno monumental que le obligan con su presencia a poner un estrecho corsé a la fantasía, como en el edificio frontero a la iglesia plateresca de Calatravas, en el cual tuvo el acierto de concebir el ras-

cacielos como torre campanera y de armonizar las exigencias comerciales del edificio con el perfil necesario para establecer con la cúpula vecina un sentido de unidad. Recuerdo que un día, comentando juntos el éxito de esta composición, me enseñó como prueba de estudio y de responsabilidad profesional, diez o doce croquis de otras tantas soluciones barajadas para resolver con solvencia el escollo de tan comprometedora cercanía.

Tuvo también problemas de exigencia utilitaria, como el Hotel Gran Vía, que, rompiendo el canon horizontal, tan metido en sus entrañas, le obligaba a someterse a una ordenanza de altura, pero también lo supo resolver con dignidad, recurriendo, sí, al friso de clásica línea, pero sólo para dividir la vertical y dar sosiego a la fachada.

La obra más completa de López Otero está en la Ciudad Universitaria; es allí donde unas veces proyectando y otras supervisando, dejó más amor, más tesón y más acierto. Yo, porque creía que Madrid debía ostentar limpiamente la función de su capitalidad sin añadirle trabajos ajenos como esos que aporta la masa estudiantil, propuse, a raíz de la guerra, que la Ciudad Universitaria se llevara a Alcalá, donde había tradición, clima y espacio, y se dedicara esta reconstrucción a edificios ministeriales. Propuse esto (como me opuse a que Madrid se cerrara con el absurdo cinturón industrial que hoy nos aflige), porque pensaba que nos iba a llevar, y en parte nos ha llevado ya, a un Madrid monstruoso, sin la paz que necesita el corazón administrativo de un pueblo; sin la medida que permite al municipio acudir a todas las necesidades; sin la belleza que una capital debe ofrecer a los ojos extranjeros y sobre todo, porque ciudades tiene España con necesidad de vida, sin caer de nuevo en la torpeza de inyectarla no sólo donde no se necesita, sino, además, donde actúa de estorbo y de complicación.

Esto, y el hecho de que después se nos encargara a Bringas y a mí la construcción en el recinto de la Ciudad Universitaria de un par de Colegios Mayores, me puso en estrecho contacto con don Modesto y pude ver, mejor que nunca, cuánto cariño tenía a su obra y cuánta pasión depositaba en conservar la unidad armónica del conjunto, que de día en día se le iba de las manos como un estallido de fuegos artificiales.

Aquellas conversaciones, llenas de argumentos diversos y de puntos de vista comunes, me hicieron conceder a don Modesto mucha más talla humana de la que podía suponerle. Hasta entonces le había mirado como director de la Escuela, un poco solemne a veces y un poco frío en el afectuoso tratar a los alumnos, tal vez porque yo era presidente de una organización estudiantil encargada de amargar la vida: desde enton-

ces lo vi amplio, cordial y, sobre todo, entregado de lleno al fruto de la profesión.

El arquitecto, porque no responde a leyes escritas; porque las ciencias exactas que lo acompañan son únicamente soporte de su verdadera función; porque es un creador de la mejor especie; porque cada mañana labora un poco en la sublime misión de alcanzar la belleza y ponerla al servicio del hombre, debe ser apasionado. Don Modesto lo fué de la manera más difícil, porque nunca perdió la sobriedad y el equilibrio de la palabra.

En esta sobriedad y en este equilibrio se encierra la arquitectura que de forma tan abundante dejó en los pabellones de la Ciudad Universitaria; en ellos, junto a la sequedad de las líneas, está (diciéndonos cómo era) la sonrisa abierta de sus grandes ventanales; nada se esconde a la mirada, porque tenía clara la pupila. La Ciudad Universitaria es la coincidencia de su alma con el gusto de una época; por eso lleva tan acusadamente el sello de lo espontáneo.

Podía seguir hablando de López Otero y de llenar hoja tras hoja las páginas de este número necrológico; pero ni es, como he dicho al principio, el momento más oportuno para enjuiciar su obra con serenidad ni debo seguir agotando la paciencia del lector. Únicamente he querido rendir mi tributo de afecto y de veneración al maestro, no sólo de la Escuela, sino también de la vida, porque si fué hábil en el manejo de las formas arquitectónicas, también lo fué en el diálogo y en ese saber mantenerse sin altanería, pero con dignidad, en uno de los momentos más atroces de la Historia de España.

Cuando el día pasado, en el amplio y redondo templo de San Agustín, rezábamos para él los últimos responsos, un velo de respeto le acompañaba y un cariñoso recuerdo congregaba los corazones en torno al hombre que en el campo de la arquitectura dió significado, misión y plenitud a su vida. Descanse en paz.

Miguel Angel García-Lomas. Director General de Arquitectura.

Con la muerte de Modesto López Otero desaparece una de las figuras señeras de nuestra arquitectura. Quizá estamos demasiado cerca de él para valorarlo en su auténtico tamaño. Pensemos lo que es una vida profesional desarrollada siempre en primera línea de autoridad y prestigio desde el año 1910 hasta el día de su muerte en una profesión como la nuestra, expuesta como ninguna a la crítica y a la controversia de dentro y de fuera, y por si ello fuera poco, al frente de funciones tan delicadas y de tan agotadora responsabilidad como la Dirección de la Escuela, la Junta de Obras de la Ciudad Universitaria y la Real Academia de San Fernando.

Pensemos lo que era la arquitectura del año 10 y qué

talla de hombre hay que llevar dentro para arribar con felicidad arquitectónica al 63 de nuestro siglo, y soportar el desgaste de más de medio siglo de trabajo y a los embates arquitectónicos de tres posguerras, que tantos prestigios viejos y nuevos hundieron.

Supo hacer lo más difícil en nuestra profesión: no intentar ser genial en ninguna de sus facetas, cuando indudablemente tanta tentación hubo de asaltarle y supo no dejarse arrastrar por modas y novedades. Fué el ejemplo vivo de a lo que se puede llegar cuando se tiene vocación honda y honrada por un trabajo y dedicación constante a él. Con ello alcanzó la también más difícil meta de nuestra profesión, la bendita discreción y en ella supo mantenerse y por ello sus obras sobreviven magníficas cuando tantas contemporáneas suyas, incluso bastantes de aquellas que fueron admiradas como geniales en su nacimiento, yacen hoy en el olvido.

Vivió exclusivamente dedicado a su vocación de arquitecto y a la formación de las nuevas generaciones con el mismo cariño y trabajo que a sus obras y a ella se entregó totalmente.

Su obra, en este aspecto, pudo tener algún error como todo lo humano, pero ello es nada comparado con lo por él conseguido. Fué realmente el fundador y creador de nuestra Escuela y ello con inagotable discreción y paciencia y muchas veces hemos pensado que si como alumnos y después como profesionales le hubiéramos apoyado y comprendido mejor, quizá ni aquellos errores hubieran tenido lugar.

Su desaparición nos deja un triste vacío, de difícilísima sustitución no sólo en el campo estricto de la arquitectura, sino también en aquellos puestos representativos de la profesión, tan amargos y tan duros y generalmente olvidados de todos y que, sin embargo, es preciso sostener si queremos mantenerla con el prestigio que se merece.

No figuró jamás en los cargos colegiales ni políticos de la profesión, y, sin embargo, su apoyo y su consejo leal, su inteligencia y su cariño estaban siempre prestos para ayudar a los que los ocupaban en toda época, y ello lo sabemos bien los que tantas veces los hemos necesitado y utilizado.

Don Modesto ha muerto, pero estoy seguro que si pudiera pedirnos algo nos pediría, como tantas veces en vida lo hizo, ayuda y cariño para sus Escuelas, que son nuestras Escuelas y ello es lo que yo quisiera, en su memoria, pedirnos a todos profesionales y alumnos, para lograr que ellas sean lo que él soñó que habían de ser y que es necesario alcanzar para que nuestra profesión pueda servir aún mejor a España. Ello será su mejor recuerdo y lo que yo, el último de los arquitectos, en su nombre y homenaje me atrevo a pedirnos junto con una oración por su alma.

Pedro Bidagor, Director General de Urbanismo.

Para mí, como para tantos arquitectos, López Otero es, ante todo, el profesor que ha sido director de la Escuela de Arquitectura y catedrático del último curso de proyectos en el tiempo en que he cursado mis estudios. Sucede esto en los años veintitantos y perdura hasta 1936 y coincide con el período de su actividad profesional más intensa. Posteriormente, su personalidad adquiere nueva fisonomía, al margen y por encima de rivalidades profesionales, como representación de una manera de ser culminada en la Dirección de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Como director y como profesor la característica determinante de su postura fué su eclecticismo. Los tiempos eran de lucha y vacilación, pues, por una parte, en España la tradición y el clasicismo tenían cultivadores expertos, y, por otra, en Europa el movimiento de renovación a fondo de la arquitectura estaba en plena marcha. Recuerdo que, tras de seguir los caminos académicos en los dos primeros cursos de proyectos, un viaje a Alemania en el verano siguiente me proporcionó una actitud de entusiasmo hacia la arquitectura moderna que practiqué durante el último curso.

López Otero dejaba hacer y procuraba perfeccionar los trabajos sin intentar la modificación de las tendencias. Como estudiantes criticábamos esta actuación y, naturalmente, lo hacíamos desde diferentes ángulos de tradición o renovación. Cuesta trabajo hoy pensar que el profesor de proyectos pudiera asumir otra actitud más beligerante, y vistas las vicisitudes que ha seguido nuestra arquitectura desde entonces, hubiera sido una imprudencia cualquier decisión prematura. El país no estaba preparado para una renovación profunda, y lo prudente era dejar que la experiencia y la vida fueran imponiendo su verdad poco a poco. Dentro de la poca simpatía que despierta el eclecticismo y de su deficiencia como base educativa no cabe duda que constituyó un mal menor que dejó el desenvolvimiento de los cauces tradicionales hasta el agotamiento, sin cortar el conocimiento y el tanteo de los caminos de renovación. El retroceso hacia lo tradicional experimentado desde 1939 y la nueva ola moderna llegada posteriormente justifican la actitud expectante de la dirección de la Escuela y el deseo de preparar a los futuros arquitectos con una cierta libertad de elección en cuanto a su orientación estética.

En esta época realizó López Otero sus principales trabajos profesionales: los hoteles, Alcalá, 23, la Ciudad Universitaria. Su obra se caracteriza por la moderación: no abandona nunca su base académica, no retrocede hacia formas tradicionales y se adapta lentamente a lo más seguro entre las premisas de lo moderno. En la Ciudad Universitaria adopta una disposición general que no dudo en calificar de acertada: su eje general claro,

valiente, rompiendo la topografía natural con un viaducto, y en el resto una adaptación grande al terreno dan sentido, equilibrio y serenidad al conjunto. Tiemblo al pensar que una mano inexperta o atolondrada pudo haber trazado un sector tan importante de Madrid, bien destrozando totalmente el elemento natural (de tanto encanto), o bien respetando en exceso los accidentes naturales y dejando a la ciudad sin los grandes ejes de circulación y de ordenación que tan necesarios resultan en la actualidad.

La última etapa de López Otero corresponde perfectamente a su línea de vida. Toda su actuación responde a una postura de serenidad, respeto y elegancia que le llevan a huir de toda beligerancia, y que se quintesencia con el tiempo en la solidez de su vocación por la arquitectura. Llega así a ser un verdadero símbolo del arquitecto de su generación y se convierte en figura de gran representación que se consagra definitivamente con un cometido tan honroso y delicado como la dirección de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. La personalidad de López Otero destaca especialmente si se contempla el vacío que deja y la penuria que actualmente existe de valores que aúnen el prestigio profesional, sentido y practicado con seriedad y profundidad, con virtudes humanas constructivas en la vida de relación corporativa y social. El prestigio de la arquitectura y, con el prestigio, el progreso y la mejora requieren necesariamente la existencia de estas auténticas personalidades.

Consciente, por tanto, de la pérdida que supone la muerte de López Otero, le dedico el recuerdo más cariñoso de discípulo reconocido y el agradecimiento de arquitecto por su labor ininterrumpida en favor del decoro y de la dignidad de la profesión.

Mariano G. Morales, Presidente del Consejo Superior de Colegios de Arquitectos.

Mi deseo hubiera sido glosar en toda su amplitud las muchas y variadas actividades que llenaron la vida de nuestro querido y malogrado compañero don Modesto López Otero, pero el Director de la Revista ha tenido la buena idea de distribuir entre varios compañeros este homenaje póstumo.

Hablaré, por tanto, del hombre más que del arquitecto, si bien mis relaciones con él fueron siempre de tipo profesional.

Caracterizaban a don Modesto, ante todo, el sentido jerárquico y el respeto al poder constituido. Nunca fué amigo de polémicas ni de violencias que siempre perdonó y justificó, porque su alma generosa estuvo en todo momento por encima de las pasiones que mueven y perturban a la Humanidad.

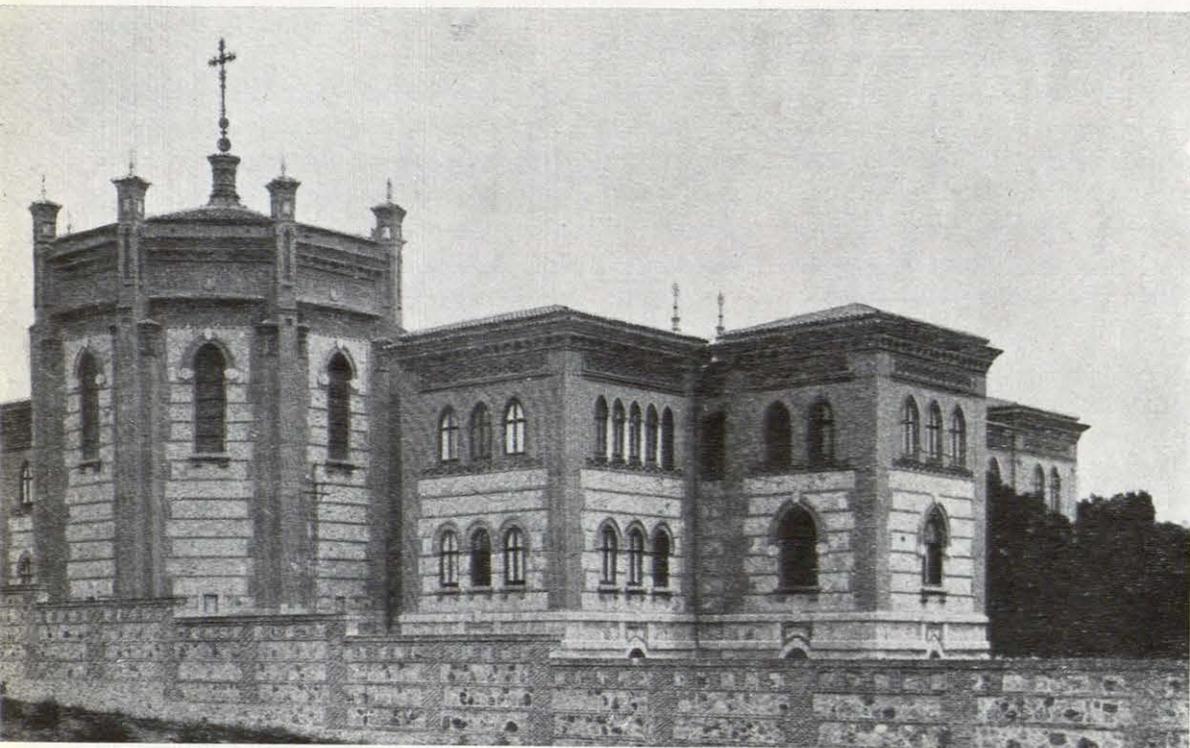
Hombre abierto a toda clase de ideas, aceptó la controversia con tal que no se produjese con estridencias ni malos modales.

Como pedagogo, orientó a los alumnos llevándoles por caminos seguros, pero sin restarles nada de su personalidad. Los que fuimos alumnos suyos siempre tuvimos en él un buen consejero.

En aquel período ya lejano de la fundación de los Colegios, sus opiniones ponderadas nos orientaron mucho y nos ayudaron a ordenar nuestras ideas.

Durante los años agitados del 36 al 39, algunos de nosotros tuvimos estrecho contacto con él en la zona nacional, y pudimos consultarle sobre los planes profesionales que más tarde Pedro Muguruza había de presentar al nuevo Gobierno. Sus consejos fueron del hombre experimentado que conocía bien las virtudes y las flaquezas de sus compañeros.





En la Asamblea Nacional de 1952 tuve otra oportunidad de colaborar con él en la ponencia sobre "Arquitectura Estatal", y siempre se distinguió por la altura con que trataba las cuestiones.

Como humorista, sus anécdotas y recuerdos siempre estaban impregnados de una gracia ática de buen estilo.

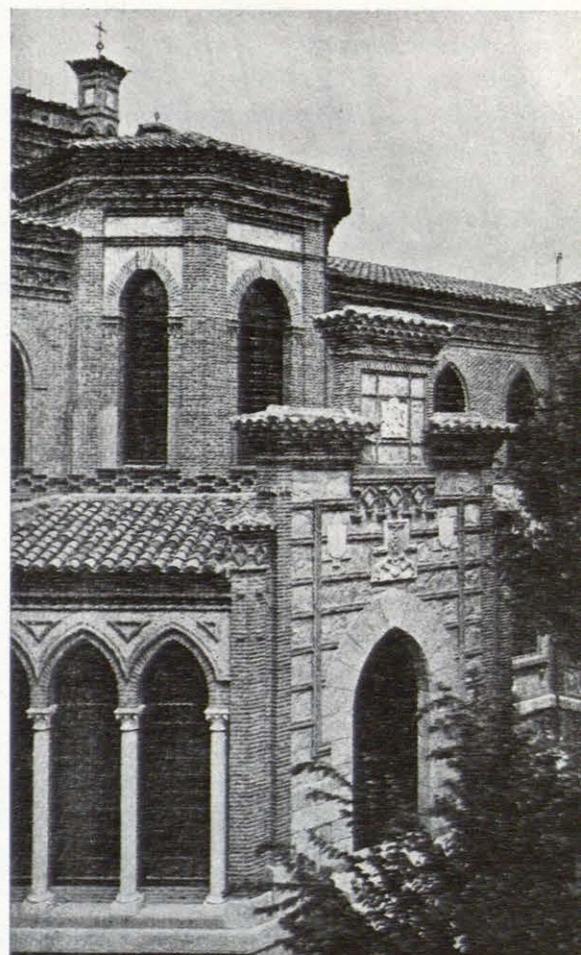
No le fué indiferente la gramática y sus escritos, tanto los literarios como los dictámenes o informes de tipo profesional, estaban siempre redactados en un estilo muy correcto; cualidad muy olvidada en nuestra profesión que todos debemos imitar.

Su trato siempre fué correcto y respetuoso, pero todo ello sin merma de su personalidad, que la tenía muy acusada.

Si asistía a cualquier reunión presidiéndola o no, es curioso que sin imponer ni levantar la voz como es frecuente, daba inmediatamente un tono mesurado a la discusión, permitiendo que ésta se llevase con método.

Para terminar, diremos que siempre fué un buen compañero dispuesto a colaborar en cualquier empresa profesional sin otro propósito que contribuir al engrandecimiento de la arquitectura nacional.

Buen arquitecto, buena persona, generoso, culto, estudioso y con una gran humanidad, éste es el compañero que hemos perdido para siempre.



Casa de ejercicios en Chamartín.

Conocí a don Modesto López Otero cuando explicaba el segundo curso de proyectos. Tenía entre nosotros un gran prestigio. A mí se me antojaba demasiado seguro de sí mismo, sin aquel "humilde saber" de que hablaba Gracián, como el mejor camino para penetrar en el pensamiento del alumno y ordenar sus ideas.

Años más tarde tuve ocasión de frecuentar su trato con motivo de la construcción de la Fundación del Amo en la Ciudad Universitaria. Entonces comprendí la personalidad singular de don Modesto López Otero y su extraordinaria condición humana. Su trato era afectuoso, con cierto matiz de amable ironía, buen conversador, lector desordenado, según decía él mismo. En aquella época era frecuente ver asomar entre sus papeles los libros de la *Nouvelle Revue* o un volumen con portada amarilla de Plon, la Editorial que por entonces solía alborotar la crítica de Francia.

Tal vez sea pronto para juzgar la labor de López Otero como arquitecto; en todo caso habrá de tenerse muy en cuenta lo que Ortega hubiera llamado "su circunstancia". Allá por los primeros años veinte, la Arquitectura andaba muy desorientada en nuestro país. Perduraba todavía la preocupación por los estilos. Había arquitectos que halagaban el gusto de ciertas clases sociales con un arte francés desmañado, más propio de escayolistas que de arquitectos. Rucabado ensartaba detalles de los estilos regionales más dispares que después administraba con más habilidad que talento.

Terminada la primera contienda europea, Gropius lanzaba su manifiesto de la Bauhaus, considerado por los más como lucubraciones de un pueblo en descomposición por la derrota, con un grave fermento de anarquía interior. Las nuevas generaciones de entonces no consideraban del mismo modo este movimiento. López Otero prescindió de aquella algarabía y fijó su atención en Norteamérica. Sus obras iniciales tienen reflejos de la época de Sullivan y, posteriormente, se aprecia en alguna de ellas la influencia de la Arquitectura de las misiones, tan en boga por entonces en las costas de California. Más tarde aceptó, si bien a través de una crítica previa ponderada y estricta, las ideas que llegaban del centro de Europa y eran en realidad el germen de cuanto vemos ahora en torno nuestro. Sus obras tuvieron siempre dignidad, nobleza de materiales y gracia.

Pero sobre todos los méritos de don Modesto López Otero, que eran muchos, interesa destacar ahora su actitud profundamente humana ante la vida, su espíritu comprensivo, contemporizador, aunque seguro y enérgico en la hora de las decisiones. Sólo así pudo llevar a puerto a través de coyunturas difíciles y llenas de pasión las empresas que el destino y su propio talento pusieron en sus manos.

Puesto que se trata de rendir a López Otero el debido homenaje de admiración y amistad, recabo para mí el primer puesto; pues no en balde transcurrieron sesenta años desde que ingresamos ambos en la Escuela de Arquitectura.

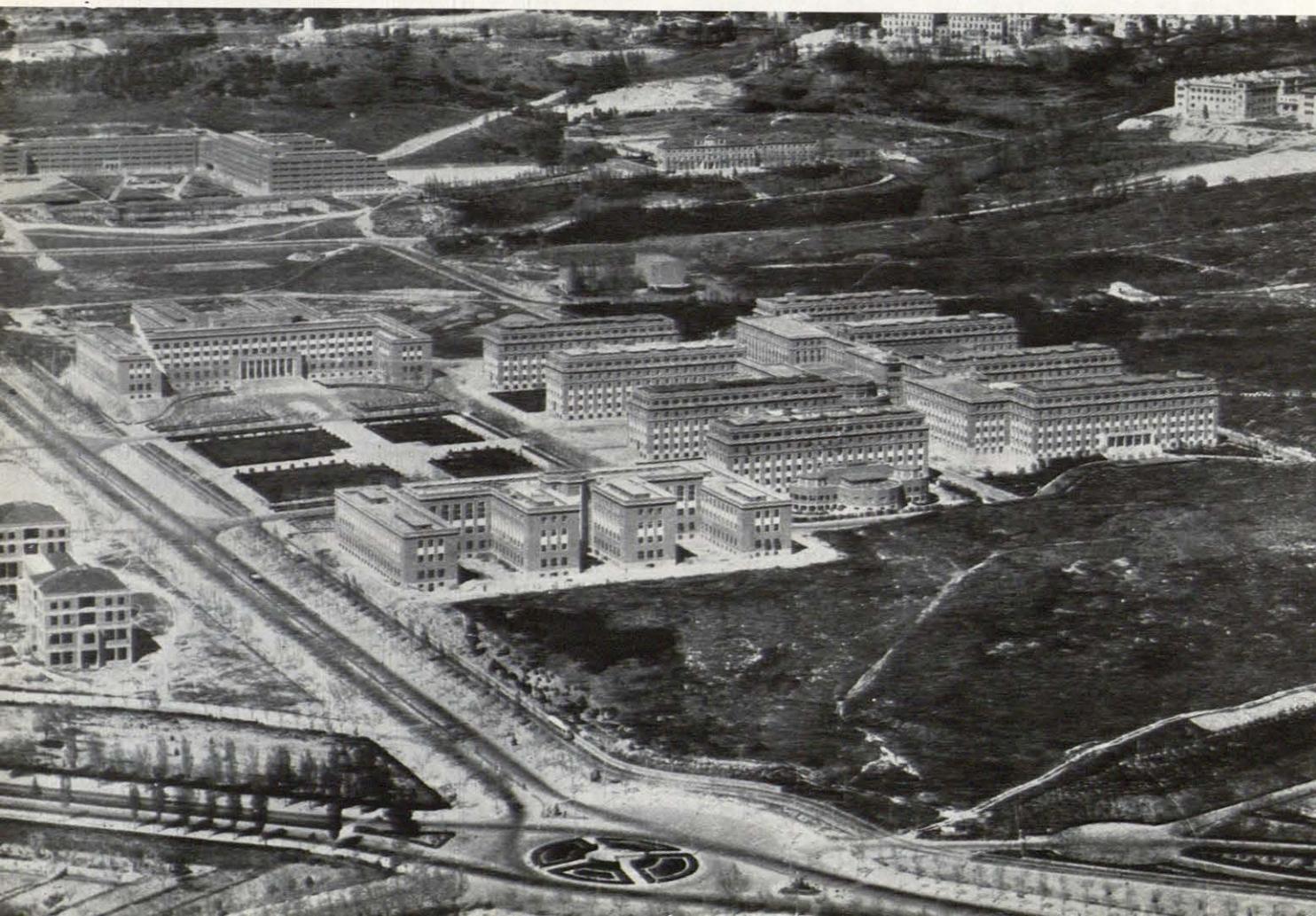
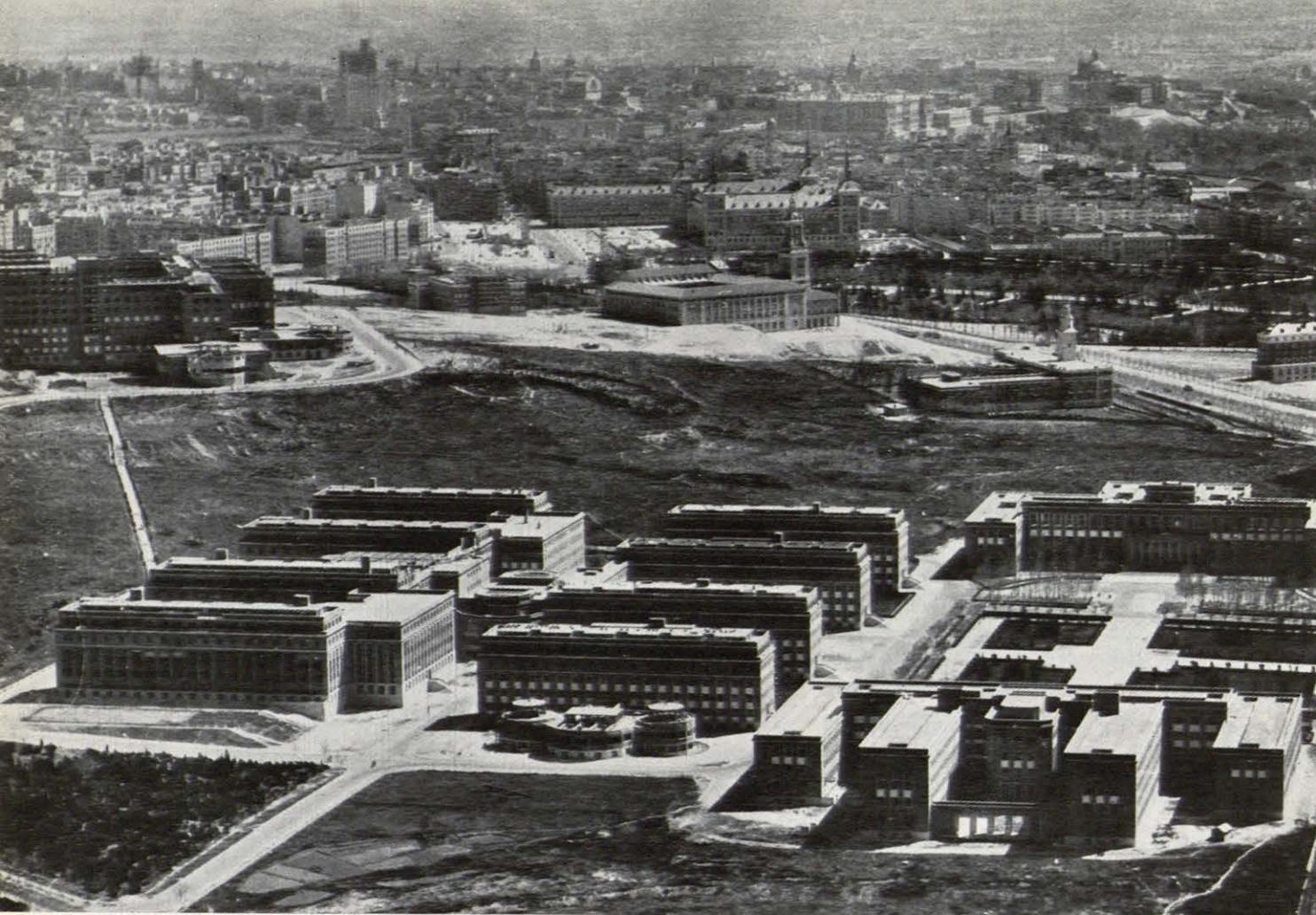
¿Mi opinión sobre su obra y su persona? Plumas más autorizadas que la mía sabrán ahondar en la trayectoria de su labor, sobre las enseñanzas que nos deja, sobre el concepto que él tenía de la Arquitectura de su tiempo. En resumen, puede afirmarse que jamás hizo concesión alguna a la originalidad a *outrance*, a la moda del momento, a las audacias de última hora; su obra toda lleva ese sello inconfundible de serenidad y de reposo, de respeto a la forma arquitectónica consagrada por la crítica perenne de los grandes maestros, que él supo captar para modernizarla con ese modo tan suyo, ponderado y sobrio, como él era; con esa gracia especial que revelan todas sus creaciones y... ¿para qué seguir? Era un maestro y nada más que eso: un verdadero maestro.

En cuanto a la persona ¡cuántos rasgos y virtudes! Sobre todas ellas resaltaba el equilibrio, la sensatez, el sentido común a gran presión, que, como decía Echeagaray, es el verdadero talento. Llevado de su natural bondadoso y cortés, parecía blando, sin energía ni carácter, pero en el fondo era muy enérgico, pues sabía poner punto final en las controversias, con una gracia tan especial, que había que rendirse a sus razones siempre armoniosas y certeras, carentes de toda estridencia.

En su trato cordial y afectivo, era más bien jovial y ocurrente, pero siempre ocupando su puesto con dignidad y señorío, pues eso era: todo un señor. Si ha habido arquitecto que haya tenido en sus manos más motivos y pretextos para enfatuarse y engrandecerse, él era uno, y, sin embargo, llevado de su natural impulso, era como su propio nombre, sencillez, cariñoso y cordial. ¡Qué ser humano más completo!

En la Junta de Construcciones Civiles, ¡cuánto le vamos a echar de menos!; deja una huella imborrable por la serenidad de sus juicios, siempre certeros, correctos y definitivos. Huía de la estridencia como del mal gusto, y a pesar del alto y noble concepto que tenía de su arte, transigía las más de las veces llevado de su gran comprensión y de su bondad innata.

En fin, ¡qué luto para la profesión toda, que no sé si se habrá dado cuenta de lo que ha perdido con su figura y su temple! Dios se lo ha llevado sin dejar en este mundo un enemigo, y por eso creo firmemente que lo habrá acogido en su seno como él merecía.





(Foto Padró.)

Junta Constructora de la Ciudad Universitaria de Madrid, 1931. De izquierda a derecha. Sentados: don Obdulio Fernández, don José Gascón y Marín, don Sebastián Recasens, don Elías Tormo. S. M. el Rey don Alfonso XIII, don Blas Cabrera, don L. Octavio de Toledo, don Eduardo Ibarra, Vizconde de Casa Aguilar. De pie: don Julio Palacios, don Antonio Simonena, don José de Yanguas, don Modesto López Otero, don Luis Landecho, don Agustín Peláez.

Agustín Aguirre, del Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria.

La circunstancia de haber convivido más de treinta y cinco años con el ilustre arquitecto desaparecido, me capacita, a mi juicio, para definir las cualidades esenciales de tan vigorosa personalidad: tenaz, hábil e inteligente en la resolución de los múltiples y complejos problemas que se planteaban en la Ciudad Universitaria, su agudo y fino sentido crítico le hizo adoptar soluciones para ellos, dotadas de un alto nivel estético, soluciones que no fueron siempre fáciles de hallar, por diversos motivos. En todas ellas aparece la huella de su profunda formación clásica y talento creador.

Sería interminable el enumerar y evocar todas las obras y méritos, que son un modelo de corrección y prestigio profesional.

Dotado de un gran temperamento de artista, los croquis y dibujos que se conservan de él revelan una gran soltura y vigor plástico.

Elevado por sus grandes méritos a los más altos cargos, su figura, plena de humanidad y afecto, será siempre querida y respetada.

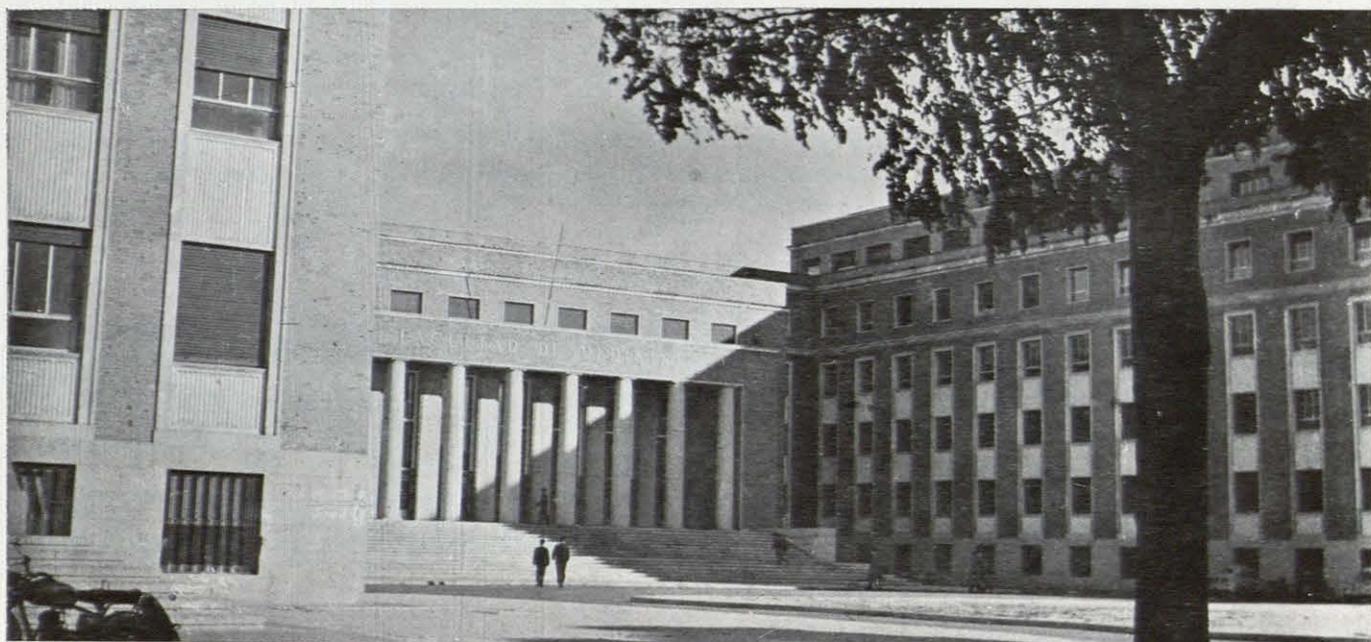
Miguel de los Santos, del Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria.

El Director de esta Revista de ARQUITECTURA me encarga un artículo acerca de don Modesto López Otero (q. e. p. d.), mi gran maestro y de la mayoría de los arquitectos españoles, gran figura de la Arquitectura que acaba de perder España.

Hacia el año 1918, cuando terminé mi carrera, tuve el honor de ser elegido por él para trabajar en su Estudio particular. En aquella época, y siendo aún muy joven, tenía ya gran cantidad de obras.

Durante los años que trabajé en su Estudio, y en las conversaciones derivadas de todos sus proyectos, pude apreciar su gran talento, imaginación, sensibilidad de artista y gusto refinado, unido a una gran cultura, además de aquellos otros valores humanos que completaban la figura del maestro. Esto me hacía trabajar a su lado con mucho entusiasmo y cada vez sentía más interés y afición por mi profesión. Fueron éstos unos años que nunca podré olvidar.

En 1928 fué nombrado arquitecto director de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, pues desde el año 1916 era ya catedrático de Proyectos y recibió el encargo por Su Majestad el Rey Alfonso XIII de la redacción del Proyecto de la Ciudad Universitaria de Madrid, y desde aquel momento centró su vida en el desarrollo de esta grandiosa obra, sacrificando todos los demás aspectos de su carrera por su dedicación intensa y exclusiva a ella. Con este motivo realizó un viaje a los Estados Unidos en unión de varios profesores de la Facultad de Medicina y la Universidad Central, para visitar los Centros de Enseñanza más importantes de América, pues los de Europa ya le eran conocidos por haber sido pensionado a Viena al terminar su carrera y conocer otros centros de Enseñanza europeos. Al mismo tiempo, y estando construyéndose la Ciudad Universitaria de París, recibió el encargo del Ministerio de Estado del Proyecto de Residencia para estudiantes españoles.



Estando dotado de cualidades intelectuales extraordinarias, vasta cultura y fuerte imaginación creadora de gran maestro, concibió este monumental proyecto de la Ciudad Universitaria con la grandiosidad que puede apreciarse, no concebida en otros centros de enseñanza e investigación del extranjero que se hacían por entonces y que en la actualidad son insuficientes y no pueden ya ampliarse para llenar las necesidades que van surgiendo en ellos.

En estos grandes proyectos también tuve el honor de ser elegido por él para colaborar, formando parte del Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria, con otros tres arquitectos y el ingeniero don Eduardo Torroja (q. e. p. d.), gran ingeniero que también tuvo la desgracia de perder España el pasado año.

Así, trabajamos en equipo todo el Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria, con una perfecta colaboración y entusiasmo, hasta que la guerra destruyó casi un 25 por 100 de esta labor de varios años y cuando ya algunos edificios estaban en pleno funcionamiento.

A la terminación de nuestra guerra, y al ser liberado Madrid, empezamos nuevamente con gran fe y entusiasmo la reconstrucción de los edificios semidestruidos, la construcción de los destruidos totalmente y la

de aquellos otros que formaban parte del proyecto primitivo. Durante este nuevo período trabajó incansablemente en la Dirección del Gabinete Técnico y con el mismo o mayor interés si cabía que cuando empezamos en su fase inicial. Recientemente se ha inaugurado el ala sur del Hospital Clínico, es decir, prácticamente la mitad del Hospital, y se ha terminado el proyecto del edificio de Ciencias Económicas, que tanto interés había demostrado por él, y cuando iba a empezarse la construcción de este nuevo edificio tuvimos la gran desgracia de perder a nuestro querido maestro, colaborador y buen amigo, unido a todos nosotros por sus cualidades científicas, artísticas y humanas, sin que pueda ya ser terminada totalmente como era su ambición la monumental obra que con tanto entusiasmo y cariño trabajó en ella.

Con profundo dolor escribo estas líneas de sincero homenaje a mi gran maestro y amigo entrañable.

Ernesto Ripollés, del Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria.

Como arquitecto del Gabinete Técnico de la Junta de la Ciudad Universitaria, he sido invitado por la Revista ARQUITECTURA a redactar unas cuartillas sobre



la vida profesional del que, desde su creación, fué su director, don Modesto López Otero.

Esta invitación, que agradezco sinceramente, representa para mí una dificultad insuperable, pues para los que hemos tenido la fortuna de ser sus alumnos y colaboradores, y para aquellos otros que han sido sus compañeros en su vida docente y académica, está todo dicho a la sola mención de su nombre de inolvidable recuerdo.

En cuanto a presentarles su gran figura profesional a aquellos que no le han conocido, habría tanto que decirles y tanto que enaltecer que no me considero capacitado para ello por mis limitadas facultades literarias, ya que no soy más que un arquitecto que lamenta la pérdida irreparable de su maestro, su director en esta casa y su gran compañero, amigo y consejero en todo momento.

José Yarnoz Larrosa, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Yo que me vi en el triste trance de improvisar la nota necrológica que recogía el inmenso pesar de la Sección de Arquitectura, compartido por toda la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, ante la irreparable pérdida del llorado director y compañero, me veo requerido de nuevo por la Revista ARQUITECTURA para dedicar a su memoria mi sentido recuerdo.

¡Cincuenta años largos! Primero compartiendo con él las alegrías y preocupaciones de la vida estudiantil en el viejo caserón de la calle de los Estudios, en promoción de doce alumnos, por lo que nuestro trato y camaradería era íntimo y cordial. Y finalizada la carrera, una colaboración entusiasta y fraterna en los primeros años de lucha profesional, me hicieron conocer muy bien las excelentes cualidades de López Otero, como singular artista y fiel compañero y amigo. Una comunidad de opiniones y de normas de conducta mantuvo siempre nuestra amistad inquebrantable.

Era un positivo valor humano. Correcto, bondadoso, y en su trato le acompañaba un fino humorismo, pero siempre dispuesto a la consideración hacia los demás. Todo esto, unido a sus excepcionales dotes artísticas, le permitieron alcanzar los más destacados puestos y recompensas, mereciendo en todas partes, con su actuación prudente y acertada, la más alta estima, convertida hoy en hondo pesar.

Su labor profesional fué muy intensa, y aparte las importantes obras realizadas, no podrá olvidarse su Magisterio al frente de la Escuela Superior de Arquitectura, como pueden atestiguarlo tantos arquitectos, algunos muy destacados, que recibieron sus enseñanzas.

Honra también su memoria la Ciudad Universitaria de Madrid, objeto de su especial predilección.

Y si se trata de otras actividades, Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando, Construcciones Civiles, Patronato de Museos..., deja imborrable recuerdo de su paso por estos Organismos por su actividad, ponderación y acierto en todas sus intervenciones.

No dudo en calificar a López Otero con dos sencillas palabras: arquitecto ejemplar.

César Cort, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

De esto hace ya casi medio siglo. Don Modesto tenía a su cargo las clases del primer curso de proyectos de conjuntos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid. Las oposiciones para cubrir la cátedra en propiedad estaban anunciadas y a punto de celebrarse. Hasta las vacaciones de Navidad se cuidó López Otero de nosotros. El primer croquis general desarrollado en proyecto fué una pequeña casa rústica. En el segundo el tema cambió para cada uno. A mí me tocó "una puerta monumental de acceso a una ciudad". No era la ciudad fortificada, sino abierta, y tampoco se trataba de proyectar un arco de triunfo. El objeto era establecer por medio de una composición arquitectónica la separación entre la parte de población ya construída y el ensanche futuro, acusando con cierto énfasis el punto singular de la red viaria donde se producía el paso del agro a la urbe.

Quedó claro, desde el principio, que no habría que remedar una puerta de muralla de las que quedan aisladas por el qué dirán, cuando las municipalidades, amparadas en ese imaginario agobio que supone para el desarrollo de las poblaciones su recinto fortificado, deciden en un arranque de irascible energía demostrar su inmenso poderío destructor. Entonces las soberbias fábricas que las inclemencias del tiempo no fueron capaces de vencer durante siglos, se rinden ante la barbarie edilicia. Sin perjuicio, claro está, de que una vez que las murallas han desaparecido, el esfuerzo agotador de la empresa hunda de nuevo a las corporaciones en su pertinaz marasmo y continúen los baches en las calles, la suciedad por todo el ámbito urbano, la falta de alumbrado, de higiene y de otras muchas cosas que no suelen notarse porque no hay garantía de que hayan existido jamás.

El tema se fué concretando poco a poco y el croquis cambió muchas veces de concepto y de forma. Pero Otero no cogía el lápiz, su lápiz fácil, firme y sugeridor, que con tanta eficacia y brillantez ha usado siempre. Ni corregía ningún detalle, ni puntualizaba gráfica-



*Entrega de la Medalla de Honor de la Academia de San Fernando al Museo Marés, de Barcelona. 1958.*

mente sus ideas. Los gestos negativos o estimulantes, que en él fueron siempre tan expresivos, sirvieron para que llegásemos, finalmente, por el método de las aproximaciones sucesivas a perfilar una puerta que no estaba mal del todo y que yo me esmeré en dibujar con trazos finísimos de tiralíneas y pluma, para que no quedase nada impreciso y se supiera lo que cada cosa significaba.

Cuando terminaron las oposiciones, en las que obtuvo la cátedra por justa unanimidad, se expusieron al público los trabajos realizados durante los dos o tres meses que habían durado los ejercicios. El tema desarrollado había sido un proyecto de conjunto urbano para una ciudad del litoral norteafricano, posiblemente Tánger. Recuerdo la impresión que me produjo la composición de una maravillosa vista desde el mar, concebida al modo del proyecto de construcción de Selinonte por Mr. Hulot. Se ponían de manifiesto con escrupuloso detalle y primores de delineación y colorido diversos edificios y monumentos de la ciudad.

Había una puerta—y por eso lo traigo aquí a colación—en que salvando las distancias, se veía la que yo llegué a hacer con el auxilio de la retórica de Otero

y sus significativos gestos en un proceso de comunicación oral de imágenes que él tenía arraigadas en el subconsciente o que fueron surgiendo y evolucionando durante las explicaciones.

“Han venido a verme algunos alumnos de Topografía—me dijo en cierta ocasión—que se lamentan de que va usted a examinarles de cosas que no ha explicado.”

Se quejarían de eso y de mucho más, pero lo cierto es que nunca consideré el examen como una ocasión propicia para tortura de los alumnos, sino tan sólo para llevar a cabo un intento de averiguación, sin gran rigor, sobre lo que hubiesen aprendido. Les he dejado hablar sin irles a la mano. Con libertad para decir cuanto quisieran, sin apremios de tiempo ni observaciones que pudieran considerarse de benévola orientación para unos o pérfido engaño para otros. Les he escuchado sin pestañear y mi opinión se la entregaba por escrito.

La Topografía es una materia muy sencilla que no requiere grandes estudios, pero parece obligada una cierta práctica que garantice que un arquitecto sea ca-

paz de levantar el plano donde haya de construir los edificios que componga o medir los terrenos que deba ocupar, aunque materialmente no tenga que realizar él mismo esas operaciones en el ejercicio profesional.

Con este objeto se hacían durante el curso prácticas de medición de terrenos y levantamiento de planos que en definitiva debían constituir la prueba fundamental del examen. Si los alumnos no sabían hacer esto, ¿para qué ensayar ninguna otra clase de preguntas?

Este es el criterio que siempre tuve sobre lo que debe ser la Topografía en nuestras Escuelas. He de reconocer, sin embargo, que no es el concepto aceptado al redactar los nuevos planes de estudios donde oficialmente hay que estudiar también Geodesia para que en los concursos de provisión de plazas de ingenieros geógrafos, en el turno que corresponde a los arquitectos, no tengamos que pasar por "la humillación" de aprobarla en la Universidad, dispensa de la que gozan la mayoría de los ingenieros. Es decir, que para prever el caso de que uno entre cada cien arquitectos se vea precisado a estudiar Geodesia en la Facultad de Ciencias, hay que obligar a todos a enfrentarse con una nueva e impertinente asignatura. Y luego contamos como una gracia que los portugueses, en la instrucción de los reclutas de Infantería, les invitan a prepararse a montar, por si alguna vez tuviesen que hacerlo.

En resolución, le propuse que citase a los alumnos a la hora que le pareciese oportuna y acudiría a la entrevista para que se aclarase todo en un momento.

En efecto, al día siguiente nos reunimos en la dirección y Otero mandó al bedel que hiciera pasar a los alumnos. El primero que entró era un desconocido total y los otros mariposeantes poco asiduos. "Creo que se quejan ustedes—me apresuré a decirles—de que voy a examinarles de cosas que no he explicado. ¿No les parece que tal afirmación significa por su parte una despreocupación extraordinaria que se aproxima mucho al cinismo? ¿Cuándo han pasado ustedes por mi clase? ¿Cómo pueden saber lo que he explicado?"

Y Otero, que tenía también en lista a alguno de ellos, montó en cólera y les echó con cajas destempladas. Los engaños y subterfugios con los que pretendieron ganarse su ánimo habían colmado el límite de su mesura.

"Pero ¡si por mi clase tampoco han aparecido en todo el curso!", me decía indignado.

En una reunión del Claustro de Profesores se habló de la Ciudad Universitaria que por iniciativa de S. M. el Rey don Alfonso XIII se pensaba construir en la Moncloa.

Cuando me tocó el turno, expuse mi criterio sobre diversos aspectos del problema. A mi entender, lo que

la Ciudad Universitaria representó en otros tiempos estaba fuera de lugar en nuestra época. En todo caso Alcalá o Salamanca podrían rehabilitarse. Madrid, de por sí, era una ciudad universitaria de nuestro tiempo.

Pero una vez aceptada la idea, parecía más conveniente elegir como emplazamiento uno de los muchos terrenos baldíos que existen en los alrededores de la capital y respetar la Moncloa, que era una finca maravillosa. De este modo se transformaría una zona árida en un nuevo parque.

Pero la realidad es que el asunto no se había suscitado para discutir el fondo, sino para ver lo que iba a pasar con el proyecto y la dirección de la obra magna.

En mi opinión, debía celebrarse un concurso de proyectos al que pudiesen presentarse todos los arquitectos españoles. Me parecía que precisamente los profesores de la Escuela éramos los más obligados a facilitar las ocasiones en que los nuevos valores pudiesen manifestarse. Se expusieron diversas razones, principalmente referentes a la rapidez que pretendía darse a las obras. No faltaron los que se sumaron a mi propuesta con una fogosidad que me dejó un tanto sorprendido. Se acabó la reunión, como suele ocurrir frecuentemente, sin conclusiones precisas de ningún género.

Aquella misma tarde fué a casa a visitarme uno de los profesores que más se distinguieron en manifestar su conformidad con la celebración del concurso. Lo hizo para estimularme a mantener mi punto de vista, acudiendo donde fuese necesario. Aquel entusiasta neófito había logrado toda su vida los encargos directos a fuerza de presiones. Sus obras, al menos las que yo conocía, justificarían plenamente que nadie volviese a encargarle nada en relación con la Arquitectura. Me confesó que él mismo tenía preparados ya muchos trabajos para encargarse de la nueva Ciudad Universitaria. Alguna dificultad tenía que haber surgido para que sus anhelos se transformasen en realidad y entonces debió pensar en utilizar en su provecho y menoscabo de los otros candidatos, la vehemencia que yo suelo poner en la defensa de mis convicciones.

Apenas salió de mi despacho, me apresuré a llamar a López Otero para ponerle en antecedentes y detalles alarmantes de la visita que había recibido. Fué a verme y le dije que, reiterando mi criterio de que los concursos deben prodigarse para descubrir a los arquitectos de mérito, estimaba que no siendo ese el parecer de los que en definitiva iban a realizar el encargo, lo que había que lograr es que se designase a quien tuviese la preparación, competencia y dignidad necesarias.

Por fortuna, unos días después fué encargado oficialmente don Modesto de comenzar los estudios para poner en marcha lo que ha sido su obra cumbre, de la que Madrid puede enorgullecerse.

En la calle de Toledo funcionó la Escuela Superior de Arquitectura, hasta que tuvo su nuevo edificio en la Ciudad Universitaria. El emplazamiento era muy cómodo para todos, alumnos y profesores. Por eso, aunque los locales dejaban mucho que desear, se procuraba mejorarlos para seguir allí mientras se pudiese.

Durante la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera, que en sus primeros tiempos fué, a mi modo de ver, el único Gobierno verdaderamente liberal que ha existido en España, desde que tengo uso de razón, la Escuela aprovechó el deseo manifestado públicamente por el dictador para mejorar las edificaciones docentes y los medios de enseñanza. El subsecretario de Instrucción Pública, que era el jefe del Ministerio, porque entonces no había ministros, sino unos generales constituidos en Directorio, nos hizo una visita para darse cuenta de la calidad de nuestros locales. Eran unos pocos pertenecientes al antiguo colegio de los Jesuítas, que en su mayor parte estaba ocupado por el Instituto de Segunda Enseñanza de San Isidro. Nosotros teníamos entrada por la calle de los Estudios, pero como la planta baja pertenecía en su totalidad al Instituto, y los entresuelos también, había que lanzarse por aquella empinada y oscura escalera de madera que conducía a las dos plantas que parcialmente nos habían sido destinadas. Para los no habituados, la impresión inicial debía de ser malísima. Pero una vez que se dejaba de jadear y la respiración lograba su ritmo normal, se comprendía que no estaba tan mal como decían. Quizá sea esto un prejuicio mío, porque las pocas cosas que he aprendido en mi vida proceden de locales deplorables, y a medida que los edificios se elevaban en importancia, las enseñanzas descendían en valor y asiduidad.

El pobre señor García de Leaniz debió de llegar a la primera planta sorprendido y a la segunda maltrecho y aterrorizado. Le habían preparado un apeo de la sala que se dedicaba a dibujo de conjuntos que era un bosque de madera por el que apenas se podía pasar. Técnicamente era un disparate y económicamente un despilfarro.

Al final de esta sala de pasos perdidos y madera malgastada, estaban los nuevos Laboratorios, donde me encontraba cuando llegó el subsecretario con su comitiva, en la que figuraban la mayoría de los profesores. "En casa del herrero cuchillo de palo", repitió una vez más el señor García de Leaniz cuando Otero me lo presentó. Por uno de esos impulsos irreprimibles que se escapan del fondo del alma y llegan a la boca sin trámites dilatorios, le repliqué: "De todos modos el edificio es lo mejor." Casi no pude terminar la frase, porque fué mayor la rapidez del director, que había cogido por un brazo al subsecretario, derivando su atención hacia otras cosas, para que no pudiera darse cuenta de la ironía.

Al comenzar el curso de 1935-36 se recibió en la Escuela un oficio del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes pidiendo al claustro un amplio informe sobre las obras del Teatro Real.

Se habían encargado del poder los republicanos de Lerroux y una agrupación de monárquicos y católicos, cuyos jefes estaban dispuestos a consolidar democráticamente la república laica. El nuevo ministro decidió airear lo del Real para tomar una resolución. La opinión pública estaba muy escamada con las obras que no se acababan nunca y Primo de Rivera había anunciado muchos años antes que el Teatro funcionaría en el otoño, porque él había entregado todo el dinero que habían pedido los arquitectos para ese objeto. Y el ministro quería saber la opinión del claustro sobre lo pasado, la utilidad que pudiera tener el edificio si no se dedicaba a la ópera y el coste aproximado de las obras para ponerlo en servicio.

No voy a exponer lo que ocurrió en las borrascosas reuniones del claustro que precedieran al nombramiento de la comisión encargada de redactar el proyecto de informe. Sólo haré constar el propósito que manifesté de que debiendo exponerse nuestra opinión con toda imparcialidad y sin prejuicios de clase, me reservaba el derecho de exponer personalmente la mía si el informe de la comisión no me pareciese adecuado.

El día 30 de diciembre se celebró una Junta de profesores en la que el informe quedó aprobado. Me enteré de ello en el Ayuntamiento, cerca de medianoche, porque era el día que terminaba la presentación de proyectos de casas para acogerse a los beneficios de la Ley Salmón y después de un día de grandísimos trabajos: las oficinas municipales estaban llenas de arquitectos que cuidábamos los intereses de nuestros clientes, para que no perdieran los derechos que la Ley concedía.

Al día siguiente le manifesté a Otero, por teléfono, mi extrañeza de que se hubiera aprobado el informe sin estar yo presente, a pesar de que reiteradamente había manifestado mi deseo de que no quería quedarme al margen de una cuestión de tanta trascendencia profesional. Me dijo que había sido citado y no fuí a la Junta, cosa que era cierta y que de haberle hecho una indicación hubiera quedado sobre la mesa.

En realidad yo no me había enterado de la convocatoria porque hacía muchas semanas que estaba dedicado totalmente al aluvión de proyectos de viviendas que hubo que proyectar con motivo de aquella Ley excepcional que concedía exenciones tributarias durante veinte años.

Le pedí insistentemente que el informe no se enviase al Ministerio sin que fuese considerado de nuevo, y a pesar de que le repugnaba volver sobre un acuerdo ya aprobado por el claustro, se hizo cargo de mis ra-

zones y accedió. Los profesores, en su mayoría, no habían visitado las obras ni estudiado el proyecto. Se organizó la visita colectiva y se comprobó:

- 1.º Que en el interior de la sala se oían perfectamente los ruidos del metro que pasa por la plaza de Isabel II.
- 2.º Que la existencia de aguas subterráneas, que fué el motivo para cerrar el teatro y comenzar las obras, no estaba muy claro, porque las pocas aguas que manaban estaban a unos treinta metros de profundidad y se agotaban fácilmente con una pequeña bomba funcionando poquísimos tiempo.
- 3.º Que con el presupuesto aprobado por Primo de Rivera para que se inaugurase el Real en la temporada del siguiente año, no se había construido la cubierta ni el piso que separaba el teatro de la sala de conciertos que tenía que quedar por debajo, ni había en realidad nada terminado, por fuera ni por dentro del edificio.

Materia suficiente para redactar mi voto particular, que Otero, sin poner obstáculo de ningún género y con toda imparcialidad, remitió al Ministerio, junto con el expediente.

Para terminar, veamos a don Modesto López Otero en la Dirección de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, puesto de tan gran responsabilidad siempre, pero quizá mayor para los profesionales. Porque en esta Academia, con sus cuatro secciones—Pintura, Escultura, Arquitectura y Música—, los académicos de número son de dos clases, los que se llaman "profesores", que tienen como ocupación la que corresponde al título de su grupo, y los no profesores, que se eligen entre los que se distinguen por su amor, estudios y ayudas de todo género al esplendor de las Bellas Artes en general. Quizá los no profesionales tengan mayor libertad de actuación que aquellos que están obligados a la práctica de alguna de ellas. Pero Otero actuó en todo momento con un tacto, una imparcialidad, una competencia y una firmeza que todos han reconocido, consolidando y enaltecendo el prestigio de la Corporación.

Todas las Bellas Artes fueron objeto de su atención, pero la Arquitectura tuvo que preocuparle singularmente. Las actividades profesionales de los arquitectos no siempre estuvieron a la altura que la pureza del arte requiere. Para que tal estado de cosas no continuase, redactó un escrito el 17 de abril de 1959, dirigido al presidente del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos, que todos los profesionales debieran conocer.

Se refería a los "frecuentes atentados al carácter de

las ciudades históricas y a la integridad de sus monumentos", y dice textualmente:

"Tienen los arquitectos la obligación moral y legal de oponerse, por cuantos medios les sean posibles, a realizar nuevas construcciones o reformas urbanas que directa o indirectamente puedan causar aquellos perjuicios irreparables, así como vigilar y poner a salvo los restos arqueológicos que puedan ser interesantes. Si las especiales circunstancias de su cargo o de su situación profesional hiciesen difícil o imposible la oposición, los Colegios de Arquitectos y siempre el Consejo Superior de Colegios, deberán amparar la actitud que se supone ha de adoptar el colegiado ante la orden de ejecutar lo que en su conciencia artística no le es permitido. Y si por el contrario, el error o la debilidad, le hiciesen cómplice de lo que debiera repugnarle, los Colegios mismos deben intervenir ejemplarmente ante tan censurable actuación."

Terminaba ofreciendo la colaboración de la Academia, para lograr la eficacia de una de las misiones más nobles de la institución, como es la defensa de nuestra riqueza artística y monumental.

Este homenaje que dedicamos a uno de los arquitectos más ilustres de nuestro tiempo no debe limitarse al recuerdo y enaltecimiento de su actuación y enseñanzas, sino que debe mantenerse indefinidamente vivo con la práctica de sus consejos y la imitación de su ejemplo.

Luis Menéndez Pidal y Alvarez. De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

En los ya lejanos tiempos de mis estudios profesionales, he tenido la suerte y el gran honor de ser discípulo del excelentísimo señor don Modesto López Otero, en su cátedra de proyectos de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, en la calle de los Estudios; llegando entonces al profesorado después de brillantísimas Oposiciones, con el magnífico proyecto desarrollado en aquellos ejercicios, poniendo así de manifiesto su destacado temperamento de gran artista, que ha de mantener ya en toda su vida.

Después, sigue López Otero ininterrumpidamente su triunfal carrera profesional, que todos admiramos, como creador de la Ciudad Universitaria y de sus importantes obras, siempre al amparo de las Artes. Muchas de ellas en Madrid, principalmente la del Fénix, construída al costado de la madrileñísima iglesia de las Calatravas, tan acertadamente concebida y terminada para armonizar monumentalmente con aquélla, sin haber causado perjuicio alguno al carácter y silueta exterior del templo.

Las excelsas cualidades del insigne arquitecto, basadas en su gran talento y en la dilatada cultura que poseía, su fácil y convincente palabra llevada siempre con delicada prudencia y tacto en cuantos asuntos satisfactoriamente resolvía, por muy complicados y difíciles que fueran, le llevaron a ocupar los comprometidos cargos de alta dirección que tan brillantemente desempeñó en su fecunda vida: como verdadero creador de la Ciudad Universitaria de Madrid, en los Patronatos del Museo del Prado y de Arte Moderno, Dirección de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Real Academia de la Historia y en infinidad de Comisiones y Juntas facultativas o técnicas que presidía.

Con la irreparable pérdida sufrida al desaparecer nuestro querido compañero y admirado maestro, el excelentísimo señor don Modesto López Otero, también el Patrimonio Artístico Nacional ha sufrido un rudo golpe, ya que siempre había sido su valedor insigne, volcándose en su defensa desde los altos cargos que tan mercedamente ocupaba, con su indiscutible prestigio por todos reconocido. Así lo comentaba días pasados con el ilustre secretario de la Real Academia de la Historia, refiriéndonos a su constante y decisiva intervención en aquella Academia, juntamente con la meritísima mantenida siempre por el sabio investigador don Leopoldo Torres Balbás, muy querido amigo y compañero igualmente desaparecido. También yo he podido comprobar la misma eficaz labor desarrollada por don Modesto López Otero en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Ante tan altos y relevantes valores que adornaban a la señera figura del excelentísimo señor don Modesto López Otero, sólo nos cabe señalar ahora, con dolor profundo, el vacío que deja donde con tanto prestigio y honor ofrendó su vida al noble ejercicio del Arte de la Arquitectura.

Luis Gutiérrez Soto. De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Nunca más que hoy, en el momento de coger la pluma, hubiera deseado tener esas envidiables aptitudes literarias que me permitieran expresar en cumplida forma este mensaje de irremediable despedida que la Revista me pide, ante el enorme vacío que la pérdida de nuestro querido don Modesto López Otero deja en el ámbito nacional de la Arquitectura.

Inesperadamente, cuando nada lo hacía suponer, una escueta llamada telefónica de la Academia, en aquella fría mañana de diciembre, nos comunica que nuestro querido director y entrañable amigo nos ha dejado para siempre; aún me parece estarle viendo en su última

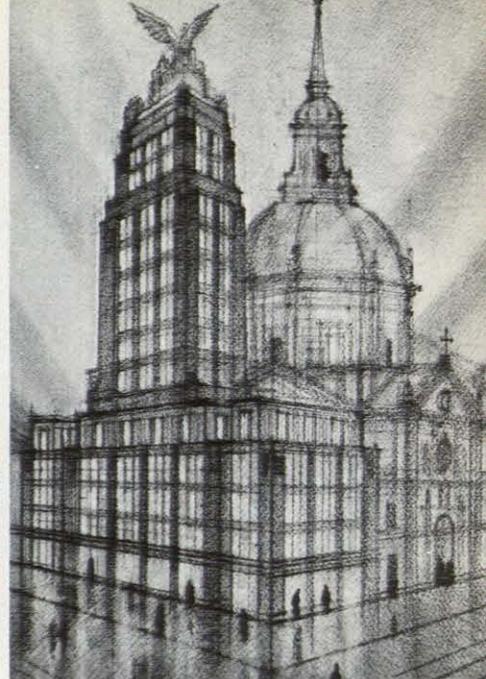
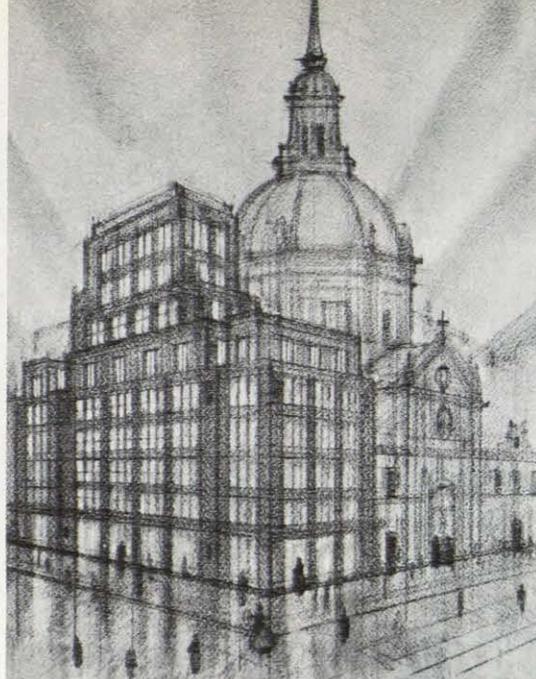
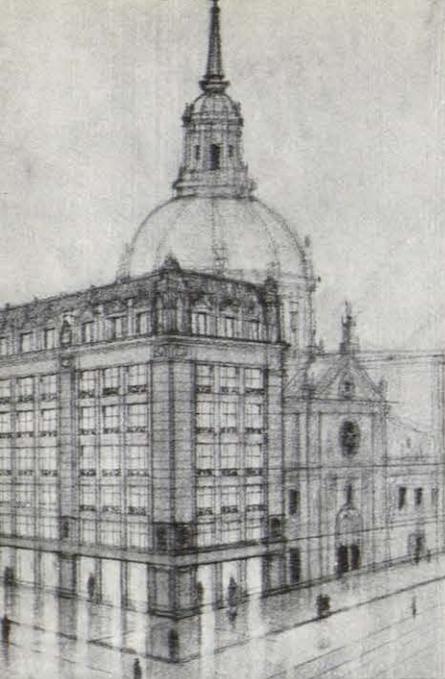
reunión de los lunes de la Academia comentar alegremente las incidencias de la sesión, con aquel su fino humor y estilo inconfundible, y de pasada, sin darle importancia, bromear sobre aquella fastidiosa *operacioncita* que todavía tenía que soportar.

Sería difícil de explicar lo que don Modesto ha sido y representado en mi vida, y en la de todos los arquitectos de sucesivas generaciones que hemos tenido la honra y la suerte de ser sus discípulos y amigos, y al cerrar los ojos para soñar y gozar con más intensidad de su emocionado recuerdo, vemos desfilar ante nosotros, en desbordante catarata, todos los miles de recuerdos y nostalgias de nuestros años mozos de estudiantes, en los que don Modesto no sólo fué nuestro respetado maestro y amigo, sino también la luz orientadora de nuestros primeros pasos, en aquel confuso momento de la arquitectura, falta de doctrina y filosofía definida.

Como él decía, y ha comentado conmigo en largas parrafadas, el maestro no se dirige con su lección única y previamente ordenada a una masa de alumnos que escuchan en silencio; él prefería tratar directamente con cada uno, en improvisado diálogo íntimo de creciente confianza, y en el cual el discípulo va mostrando sus todavía débiles convicciones, sus inquietudes y también sus cualidades espirituales; su alma, en fin, que el profesor ha de conocer y estudiar, para guiarlo con los consejos de su experiencia por los caminos que tales aptitudes le señalen.

Aun todavía recuerdo con emoción las palabras finales de su última lección en la Escuela de Arquitectura el día 6 de mayo de 1955: "Doy gracias a Dios por haberme permitido llegar a este momento de cerrar mi vida docente. Es posible que durante ella, y por su causa, haya involuntariamente ocasionado a algún alumno un daño o, por lo menos, una contrariedad. Desearía que no quedase resentimiento alguno hacia mí y que durante los años que Dios quiera tenerme en este mundo, merecer la afectuosa consideración de todos los que han sido mis discípulos, a quienes saludo en este día para mí tan señalado, con la mayor emoción, uniendo a este saludo el recuerdo, no menos emocionado, de aquellos compañeros que ya no están con nosotros."

En aquella memorable fecha, uno de los más bellos y emotivos momentos en mi vida de arquitecto, don Modesto se despedía de nosotros como director y catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura, labor que había llevado brillante e infatigablemente desde el año 1914 y todavía, con aquella su elegante espiritualidad nos pedía perdón, por sí, involuntariamente, nos hubiera ocasionado algún daño o pequeña contrariedad. ¡No, querido don Modesto! No cabe ningún resentimiento con quien lo dió todo al servicio de su cátedra y de la arquitectura, y a quien debemos nues-



tra formación y aliento, en aquellos imborrables recuerdos de nuestros años de estudiantes, en que don Modesto, en íntima convivencia con nosotros, en improvisados diálogos de amable discusión en la clase de Proyectos, captaba certeramente nuestras aptitudes, para guiar el curso incierto de las nuevas vidas próximas a iniciar las tareas profesionales; y como él decía, "de tan íntima convivencia surgía una amistad perdurable, fundada, así quiero creerlo, en el respeto de los estudiantes hacia mí, correspondida con un especial afecto y con inmensa alegría, y en muchos casos con sincera admiración ante los éxitos de aquellos cuya iniciación de su triunfal carrera, acerté a ver con claridad". Y luego modestamente añadía: "No soy de los que creen que en el premio al que fué discípulo, hay una gran parte que pertenece a quien procuró la enseñanza percibida. Entiendo, por el contrario, que casi todo se debe al talento y al esfuerzo de aquél, aunque perduren en los períodos críticos de la ideación, y aun de la realización de la obra, el recuerdo de aquellos diálogos de amable discusión siempre provechosa, de los croquis y de las fases siguientes en el desarrollo del proyecto escolar."

Fué para mí don Modesto algo más importante en mi vida que el maestro y director de la Escuela de Arquitectura; me distinguió siempre con un paternal afecto y una sincera amistad, y tengo el gozo y orgullo de creer haber sido uno de sus alumnos predilectos; al terminar la carrera me llamó a su estudio y allí, bajo sus órdenes directas, terminé mi formación profesional y pude darme cuenta, viviendo las incidencias de las obras con sus dudas e inquietudes, la vocación y sentido de perfección profesional de ese excepcional arquitecto que fué don Modesto López Otero.

Considero que están aún por hacer el estudio crí-

tico de su obra; no me es posible el intento de refundirla aquí, en este reducido escrito, en cuyos obligados límites no cabe ni su simple relación numérica, ni el contenido y magnitud de su espléndida variedad. Otros más calificados y de mejores aptitudes vendrán para tal empresa, imprescindible, como capítulo importante de la cultura artística y arquitectónica de nuestro tiempo.

Dibujante excepcional, de una vasta cultura, al servicio de una clara inteligencia, fué López Otero el arquitecto correcto y ponderado, que contribuyó con su obra a elevar el nivel de la construcción en un confuso momento de la arquitectura española; supo dar a su arquitectura la difícil virtud de la permanencia y de la autenticidad, con el estudio concienzudo de sus planos y detalles, y la sincera expresión de los materiales empleados, unidos siempre a la elegancia impecable de unas bellas proporciones; siguió la recta trayectoria de lo verdadero, sin claudicaciones y desvíos, dejando a un lado influencias extranjeras y utilizando para el logro de su idea, lo que él consideró útil y verdadero de aquella doctrina funcionalista, que en sus tiempos, tan cambiantes, empezaba a llegar del exterior; fué su arquitectura *siempre española* un auténtico funcionalismo espiritual.

Su fina sensibilidad se rebelaba contra las grandes mentiras constructivas de su época, contra la imitación, la falsedad y el pastiche; su doctrina era la sinceridad unida a la lógica disposición estructural y al sabio y racional empleo de los materiales con arreglo a clima y función. Con López Otero la arquitectura vuelve a ser española, plena de savia fertilizante de nuestras mejores tradiciones nacionales y coloniales, arquitectura con alma viva, plena de elegancia y proporción, con estilo



y personalidad propias, sincera, humana, empleando el lenguaje de lo eterno y universal.

Vivió don Modesto desde 1914 un período de la arquitectura carente de filosofía y de doctrina; la desigual y pobre herencia que el siglo XIX nos legó, constituía la fuente más próxima de inspiración, el eclecticismo en lucha con un período de inquietudes, de anhelo de renovación y de expresión de vida, constituían uno de los momentos más difíciles de la arquitectura, siempre atento a la evolución de la arquitectura en el mundo, admitía con prudencia reflexiva lo útil y consolidado, diferenciando con argumentos y razones lo permanente de lo formalista y pasajero, por eso sus obras, a pesar del largo tiempo transcurrido, responden a un anhelo de renovación y de expresión espiritual de la época que él vivió, manteniéndose hoy con la misma actualidad y ponderación por ser auténticas y sinceras.

Escritor de fina pluma, historiador, conferenciante ameno y profundo, elegante orador, crítico certero y ponderado, hacen de don Modesto un arquitecto excepcional que, unido a sus aptitudes de ser un diplomático perfecto, suave y bondadoso en lo intrascendente, firme y tenaz en lo definitivo, logró revestir sus cargos directivos (Escuela, Ciudad Universitaria y Academia) del prestigio, ponderación y respeto que todos hemos admirado, y cuyo vacío será difícil de llenar.

Su ausencia me llena de nostalgias; con su recuerdo siento esa insoslayable sensación de pequeñez ante la grandeza de su vida y lo pequeño y mezquino de mi aportación; pudiera decir que su figura bondadosa y querida ha ido jalonando paternalmente las diferentes etapas de mi vida profesional, como director de la Escuela y catedrático primero, como amigo y consejero por espacio de muchos años después, y, finalmente, como director de la Real Academia de Bellas Artes, a la que llegué por su voluntad e incondicional apoyo.

En mi discurso de entrada en la Academia, me hizo el honor (sin yo pedírselo) de hacer la contestación, y hoy, en su ausencia, al volverla a leer, he podido valorar aún más con profunda emoción lo certero y exacto de su juicio crítico, pieza maestra de oratoria académica, en la que al final decía así: "Nuestro reglamento dispone que terminadas las palabras de bienvenida, el nuevo académico ha de acercarse a recibir esta medalla, honroso distintivo de la Corporación. Después, la costumbre impone un abrazo que significa la acogida fraternal en nuestra compañía. Yo quisiera que en la ocasión presente este abrazo significase, además, un recuerdo para todos aquellos que, como Gutiérrez Soto, han sido mis discípulos."

Quisiera yo también que ese último abrazo de don Modesto fuera el adiós y el recuerdo perdurable de todos los que tanto le quisimos y admiramos.

Difícil empresa la de condensar en pocas líneas una semblanza del maestro desaparecido. Y más difícil para mí, ya que, desde la Escuela, en la que tuve la fortuna de formar parte de una de las primeras promociones que pasó por su clase de Proyectos después de obtener la cátedra tras unos inolvidables ejercicios de oposición, hasta el día de su muerte, no he dejado nunca de estar en íntimo contacto con él.

Se comprenderá, por tanto, la suma de recuerdos que acuden a mi memoria después de una ya larga vida profesional tan ligada a la suya, tanto en la Escuela como en el Gabinete Técnico de la Ciudad Universitaria; vida en la que compartimos juntos los sentimientos de tantas alegrías y sinsabores, de tantos problemas y preocupaciones y de tantas esperanzas y decepciones. Por eso he de limitarme a glosar levemente uno solo de los aspectos de su vida profesional, el de su actuación como director de la Escuela de Arquitectura, actividad quizá la más apasionante para él, con serlo tanto su ingente obra de la Ciudad Universitaria, a la que dedicó lo mejor de su vida, y en sus últimos años, la dirección de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Don Modesto López Otero fué el más joven director y, en muchos aspectos, el director más joven que haya tenido nunca la Escuela de Arquitectura. Asimismo, ha sido el director que ha ocupado más tiempo dicho cargo. Nombrado para dirigir la Escuela en 1923, desempeñó la Dirección hasta 1941, en que cesó por unos años para volver a ser designado nuevamente, continuando ya ininterrumpidamente hasta su jubilación en 1955.

Como maestro y director de la Escuela tuvo siempre el sentido de la gran responsabilidad que supone la

delicada y ardua tarea de formar arquitectos, sentido que supo inculcar en quienes le rodeaban. Su preocupación constante, incluso cuando, ya jubilado, parecía que los problemas docentes podían haber perdido actualidad para él, era la del perfeccionamiento de los métodos y planes de enseñanza de la Arquitectura.

Su gran experiencia, y la clara visión que siempre tuvo de las cosas, le llevaron a proponer nuevos métodos y reformas, especialmente en relación con el delicado y grave problema de la selección, reformas que, llevadas a la práctica, dieron frutos tan patentes e inmediatos que merecieron ser incorporados, con ligeras variantes, a la nueva Ley de Ordenación de las Enseñanzas Técnicas.

Muchos de los que lean estas líneas recordarán, por experiencia propia, sus excepcionales dotes de profesor de Proyectos, su ordenada, metódica y clara exposición de los temas y programas a desarrollar, su amplitud de criterio para aceptar las más audaces soluciones siempre que pudieran justificarse y razonarse cumplidamente, la certeza de sus correcciones, la benevolencia y caballerosidad de su trato con los alumnos y la reconocida justicia de sus apreciaciones y fallos.

A su lado aprendimos a ser tolerantes con las ideas ajenas e intransigentes con la chabacanería y el mal gusto, a ser ecuanímes en los juicios y apasionados en la defensa de los más altos ideales y a poner el principio del cumplimiento del deber por encima de toda clase de consideraciones.

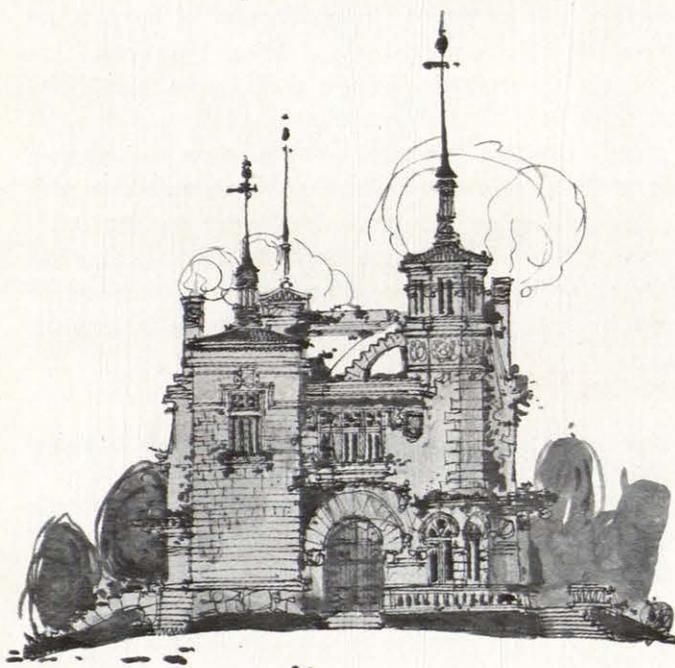
En el aspecto material, su amor a la Escuela le impulsó a batallar sin descanso hasta conseguir que uno de los primeros edificios que se construyesen en la Ciudad Universitaria naciente fuese el de la Escuela de Arquitectura, pasando por la amargura de que, recién terminado, fuese también uno de los primeros en ser destruido por la gran tragedia de nuestra guerra civil.

Episodio conocido de todos es el del salvamento, gracias a sus laboriosas gestiones, de la incomparable Biblioteca de la Escuela, trasladada libro por libro a lomos de las acémilas que, a través de las balas del frente de combate, regresaban a las filas nacionales después de abastecer a las fuerzas que defendían el edificio.

De sus conversaciones, siempre amenas e ingeniosas, matizadas, cuando era lugar, con un fino sentido del humor, nunca dejaban de obtenerse enseñanzas que eran fruto de su enorme experiencia y conocimientos.

Como ejemplo, quiero citar solamente un caso reciente.

Todavía no hace un mes, siéndome preciso con urgencia un dato relativo a un ilustre arquitecto fallecido hace muchos años, y perdido el archivo de la Escuela en la destrucción del edificio, pensé que quizá la única persona que pudiera sacarme del apuro fuese don Mo-



desto López Otero, y así se lo hice saber a mi secretaria. Efectivamente, solicitada dicha referencia, se la facilitó en el acto, añadiendo con su humor habitual el siguiente comentario: "Procuren aprovecharse ahora de este archivo viviente, pues temo que dentro de poco no puedan ya utilizarlo." Palabras que parecían encerrar un presentimiento desgraciadamente cumplido mucho antes de lo que todos podíamos suponer.

Fué siempre lo que en España entendemos cuando decimos *un gran señor*. Para los que hemos sido sus discípulos y amigos, la pérdida ha sido irreparable.

Su larga vida, totalmente dedicada a la profesión, no tuvo descanso, aun cuando en muchas ocasiones tuvo la compensación de poder saborear diversos aspectos de las glorias de este mundo.

¡Que Dios le haya concedido ahora el descanso y la gloria eterna!

Rafael F. Huidobro, Subdirector de la Escuela de Arquitectura de Madrid.

Resulta sumamente difícil hablar de una persona querida cuando acabamos de perderla para siempre, dejando en nuestra alma el vacío inmenso de su ausencia definitiva, cuando sólo quisiéramos mitigar nuestra pena rememorando en el pensamiento aquellos hechos que unieron nuestra vida con la suya. Pero, sobreponiéndome al dolor, escribo estas líneas, pues me creo obligado a participar con este sencillo homenaje a la memoria del querido profesor, de don Modesto, como todos le llamábamos.

Podría referirme a don Modesto desde aquellos tiempos lejanos de estudiante y alumno suyo y repetir lo que diría cualquiera de los cientos de alumnos, más de mil en total, que hemos pasado por su clase teniendo la suerte de recibir sus claras y sabias lecciones y su particular maestría para la enseñanza de los proyectos; pero quiero limitarme en estas líneas a evocar algunos recuerdos, tan recientes y ya formando parte del pasado, de su última época de dirigir nuestra Escuela, período en el que tuve el honor y la satisfacción de acompañarle diariamente en su labor, que hizo la mía tan sencilla y agradable, hasta su jubilación, ahora hace siete años, y donde en tantas ocasiones pude admirar su fino tacto para resolver toda clase de problemas.

Don Modesto perteneció a una generación de arquitectos que va desapareciendo por la ley inexorable de la vida, que marca una manera de ser y de trabajar. Era un caballero, un señor. Nada más elocuente para expresar esta su cualidad distintiva que lo sucedido en una ocasión con un arquitecto argentino, antiguo decano de la Facultad de Arquitectura de Buenos Aires, que

nos visitó hace unos años y a quien después de unos días de estancia en nuestra Escuela le fué ofrecida una comida de despedida, presidida por nuestro director. La comida se celebró en uno de los salones de Lhardy, y aquel ambiente y la gentil prestancia de don Modesto llevó a decir, al dar las gracias, a nuestro colega argentino que había aprendido en España que la cualidad más destacada de sus habitantes era su señorío. Era la personalidad de don Modesto, que comunicaba elegancia a todo en lo que intervenía.

Para él resultaba interesante cualquiera de los muchos asuntos de que se ocupaba diariamente y era para mí un gozo ver cómo los planteaba y resolvía con una admirable claridad mental, añadiendo siempre unas gotas de fino humor, que constantemente le acompañaba.

Su última lección en la Escuela con ocasión de su jubilación, situación administrativa que calificó humorísticamente de "honorable vertedero de las clases pasivas", en el año 1955, fué verdaderamente extraordinaria, demostrando encontrarse en la culminación de una profunda y completa formación profesional, ofreciéndose en aquella ocasión para desarrollar en la Escuela un curso de enseñanza postescolar en el que expondría unas originalísimas ideas filosóficas de la Arquitectura. Fué una verdadera desgracia que no supiéramos aprovechar en aquel mismo momento su disposición de ánimo para conseguir que este proyecto se llevara a cabo, pues otras actividades, de las muchas en que se ocupaba, y entre ellas la no pequeña de informar sobre los cientos de expedientes presentados para la obtención del título de doctor arquitecto, impidieron posteriormente su realización.

Pero no dejamos nunca de tenerle con nosotros en la Escuela y siempre estaba dispuesto a ayudarnos con sus sabios consejos regidos por un gran amor a la Escuela y a la profesión. Le apasionaba la Arquitectura y permaneció en activo hasta el último momento.

Acabo de regresar de Cádiz y allí he visitado el Monumento a las Cortes españolas de 1812, que don Modesto proyectara con tanto entusiasmo en su juventud, ganando su primer premio. Y contemplando esta obra suya, con una emoción profunda, pensé que merece la pena dedicarse a una tarea diaria de trabajo y sacrificio cuando puede dejarse una obra tan completa concebida con amor y un conocimiento profundo de la arquitectura.

Víctor d'Ors, Catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid.

Porque nos abandonó el varón justo y ponderado que fué, durante muchos años, el presidente natural de los arquitectos españoles, por la gracia de Dios. Y, a un tiempo que presidente, maestro también, con la benevolencia irónica de un eclecticismo elegante,

pero intransigente con la falsedad y el gamberrismo. Y todavía, además, director de los que no admiten chapucería ni excentricidad; pero cortés, con tacto y comprensión y con esa sabiduría política, de buena tradición gallega, que—como quería Tayllerand—hace posible lo inevitable.

A través de largos y profundos cambios políticos, de la sensibilidad, del gusto, y aun de estilos de edificar, sobre tantas y tantas dificultades, salvó siempre todos los escollos y asimiló, adaptó siempre, en superior elección, en discreta moderación, todo lo interesante, lo que importaba. Pues conducía sabiamente los intereses particulares y los intereses colectivos como experto piloto; conseguía siempre llevar a buen puerto la nave y su delicado cargamento: la de la arquitectura.

Ese poder de asimilación, tan natural como increíble, origina que apenas quede rastro en su obra de la larga evolución formativa—hasta una serena madurez—, que fué sufriendo su orden ideal, es decir, su arquitectura, en los edificios. Lejos quedaban las primeras querencias de arabismo, de monumentalismo enfático o de academicismo schinkeliano, herencia de la Escuela. Y luego también habrían de quedar lejos Ollbricht y Hoffmann, Otto Wagner, Messel y Behrens y Poelzig y Loos y Tonny Ganier y el rascacielismo americano y el "pabelloncismo" anglosajón y la Bolsa de Amsterdam y el Petit Trianon y el Ayuntamiento de Estocolmo y los grandes Palaces de Marquet y el Perret de los Campos Elíseos. Todo aquello que en un momento atenazó su curiosidad y alimentó su inspiración. Viena, con todo lo que significaba y el Laurana quedaron un poco más cerca, pero lejos también. Porque siempre sabía volver a lo nuestro, a las constantes de su España: a los cuerpos macizos, desmembrados en suaves resaltes, a los recercamientos poco diferenciados y finamente moldurados, a la delicada articulación, a los pequeños detalles ornamentales en las zonas altas de los edificios; todo encuadrado en el buen orden clásico y en aquilatada proporción.

Todo correcto, todo moderado, todo fino y hasta rico en su austeridad: todo proyectado con ese suave lápiz de oro que le caracterizó y le distinguió entre los arquitectos españoles.

Pero no es ahora el momento de realizar el necesario estudio que los arquitectos españoles debemos a su obra. Ni siquiera el juicio crítico puede ser claro, cuando nuestros ojos se empañan y nuestro espíritu se turba al considerar esta gran pérdida, con seguridad irreparable. Todavía recuerdo la última conversación, para mí tan provechosa como todas las que con él tuve. He de contarla algún día en otro tiempo y lugar. Hoy sólo podemos y debemos honrarle al considerar esta orfandad para los arquitectos españoles que, probablemente, no medimos en toda su dimensión.



*Don Modesto, con el profesor Richard Neutra, en la visita que éste realizó a la Escuela de Madrid.*

Adolfo López Durán. Catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid.

Se nos fué el amigo, el maestro, el compañero... Todos conocisteis la gran humanidad de don Modesto, todos recibimos de él consejo, palabras de aliento, orientaciones..., en fin, siempre el amigo lo encontrábamos en nuestros momentos difíciles del caminar.

En la ingrata tarea de la enseñanza, cuya dedicación ocupó con preferencia una gran parte de su vida, supo definir las directrices de nuestra carrera llevando con acierto y claro juicio el timón, remontando muchas veces, más que marejadas que tal vez sólo conocimos los que a su alrededor colaboramos en los vaivenes de los planes de estudio, tantas veces modificados a través de los años.

Creo que uno de sus grandes aciertos en la segunda etapa de la dirección de la Escuela fué la modificación de la prueba de selección del alumnado de ingreso en su faceta artística.

Mucho habíamos hablado del tema y muchas veces se había intentado una modificación del método vigente en aquella época, hasta que por fin todos nuestros afares cuajaron en el resultado esperado.

Me refiero a la implantación del plan "Ruiz Jiménez" con la llamada "Prueba de Dibujo" que el ministro aceptó sin enmienda de ningún género.

Tuve el honor de colaborar con don Modesto en el estudio del plan, aportando datos, información, etc., con lo que se plasmó el método que la familia estudiantil dió en llamar "Los Cursillos".

Como siempre ocurre, con estas designaciones espontáneas no iba descaminado el nombre "popular", podríamos decir, pues si bien no tenía el sistema carácter de tales cursillos, sino de prueba dilatada de examen, lo cierto es que en los cuarenta días en que los alumnos desarrollaban sus conocimientos en materia ar-

fística, los que no habían demostrado suficiencia, no habían perdido el tiempo, puesto que las pruebas dirigidas por profesores competentes formaban y adiestraban de por sí.

Hoy ya arquitectos gran parte de ellos, pueden muchos compañeros acreditar esta innovación de la enseñanza, en que el examen como tal desapareció, siendo sustituido por un sistema pedagógico de auténtica actualidad.

La preocupación de don Modesto por que los estudios de la Arquitectura fueran siempre presididos por una orientación artística, dando a la enseñanza preponderancia en este aspecto, era constante. Por ello, la selección de los futuros arquitectos era tema de su especial atención.

No cabe duda que esa formación, ese sello elegante, esa finura que indudablemente ha sostenido la Escuela y que Pascual Bravo, como discípulo dilecto de don Modesto, ha sabido mantener, es la huella más trascendente de una labor seria y profunda de muchos años que caracteriza la personalidad del maestro transmitida a la profesión.

Manuel Martínez Chumillas.

El tiempo que me ha ligado a don Modesto López Otero en mis primeros años de arquitecto y el buen recuerdo que de su amistad siempre tuve justifican el deseo de unirme a este homenaje póstumo.

A su primera llamada me presenté en el estudio que tantos años tuvo en su residencia de la calle del Pinar. Don Modesto tenía sobre sus tableros los planos del Hotel Cristina, de Sevilla, y empezaba a proyectar el nuevo edificio del Fénix en la calle de Alcalá. Preparaba entonces su viaje a Estados Unidos y no se le ocurrió otra cosa que el ocuparme en estos proyectos y hacerme cargo de las obras del vaciado del solar, en el que había que emplazarse el último citado edificio. La obra empezó a inquietarme en el momento que la casa de la calle de Peligros, colindante con este, se quedaba colgada y todos los apeos eran pocos para sostener el entramado del viejo caserón.

Nunca olvidaré aquel bosque de puntales y tornapuntas que cada vez que llovía me quitaba el sueño con la obsesión de fracasar en la primera obra que me había confiado. "Cuando vuelva el maestro—me decía yo—se va a encontrar el solar el doble de grande."

Es significativa la actuación de don Modesto en los primeros tanteos para proyectar el edificio del Fénix. Hoy la Comisaría, el Ayuntamiento y la Academia han de estar alertas para que al arquitecto no se le vaya la

mano en la altura, velar para que no destruya el ritmo de la calle ni desentone en un determinado sector o rincón típico de la capital. Don Modesto se adelantaba a todo esto, nadie le prevenía ante el problema que presentaba esta esquina, en aquel momento la de mayor interés comercial. Otro arquitecto hubiese vacilado en apuntarse un buen tanto ante la entidad propietaria, elevando su vasto bloque en toda la altura que permitía la Ordenanza, sin contar la gestión de forcejeo y sutilezas que se vienen usando para conseguir una planta más. Yo vi dibujar a don Modesto una serie de soluciones de volumen para garantizar la pureza de líneas que en su silueta o contorno le exigía la inmediata situación de la iglesia de las Calatravas. El mismo estilo de su tiempo tenía que contemporizar con el barroco de la iglesia, y la torre debía componer un conjunto sin hacer daño a la graciosa fachada y sin ocultar la esbelta cúpula, de la que don Modesto estaba profundamente entusiasmado. Aquellos apuntes de lápiz gordo frotado que él acostumbraba usar, expresaban de un modo claro y conciso las soluciones desde los distintos puntos de vista que había de presentar el nuevo edificio, especialmente del más alejado que el transeúnte descubre al encañonarlo a lo largo de la calle de Sevilla.

Meses le llevó decidir el remate de la torre; todas las de las Catedrales españolas (Salamanca, Murcia, Córdoba y Sevilla, entre otras) desfilaron por su tablero; todas fueron consultadas y nadie podría advertirle de no haber tenido en cuenta lo que la arquitectura española había aportado al problema de resolver un con-



junto con una iglesia y una torre que le presida, acompaña y enaltezca.

Quien ha conocido a don Modesto en la intimidad sabe lo que era disfrutar de sus anécdotas y de sus comentarios tan graciosos como oportunos, a pesar de que siempre le atormentaba esa persistente dolencia que le acompañó toda su vida.

Sobrevino la guerra y una vez liberado San Sebastián fuí a visitarle; me acogió con una gran alegría, ya que antes del movimiento nos veíamos diariamente en la Ciudad Universitaria, y yo era ayudante suyo en la clase de proyectos de la Escuela de Arquitectura; quiero hacer constar aquí como prueba de sus virtudes y de el espíritu de compañerismo que demostraba, que cuando todos estábamos desplazados de nuestro hogar habitual y en una inferioridad de recursos económicos como nunca habíamos previsto, nos iba a sorprender en nuestro *curriculum vitae*, no tengo palabras para expresar el agradecimiento a la ayuda que me ofreció en aquellos momentos en que era muy difícil encontrar, no digo un compañero, sino una persona capaz de comprometerse en semejante ofrenda.

Miguel Fisac.

De don Modesto tenemos muchas generaciones de arquitectos de Madrid, el entrañable recuerdo de su magisterio.

Magisterio de aquella clase de proyectos de la Escuela, en unos años ya lejanos, y magisterio permanente de las lecciones de buena y sacrificada arquitectura, como la del edificio de la calle de Alcalá, esquina a Peligros, en donde sin traicionar a su tiempo, había que conjugar la proximidad a un edificio venerable, los intereses materiales de la propiedad del inmueble y la armónica belleza de una calle.

Perfecto acierto que si fué una voz perdida clamando en el desierto de sensibilidad de casi todos los arquitectos que posteriormente han tenido que construir en aquella calle, es ejemplar lección para todo arquitecto, de verdad, que en cualquier tiempo y lugar tenga que enfrentarse con un problema parecido.

Peró, por encima de esta o aquella particular enseñanza pedagógica o profesional, don Modesto nos deja la lección de su vida.

La del caballero sin tacha. La del estupendo profesional, que sabe también, dirigir y conjuntar un equipo de excelentes arquitectos en la Ciudad Universitaria de Madrid.

La del profesor de proyectos, que da el espaldarazo final a muchas generaciones de arquitectos.

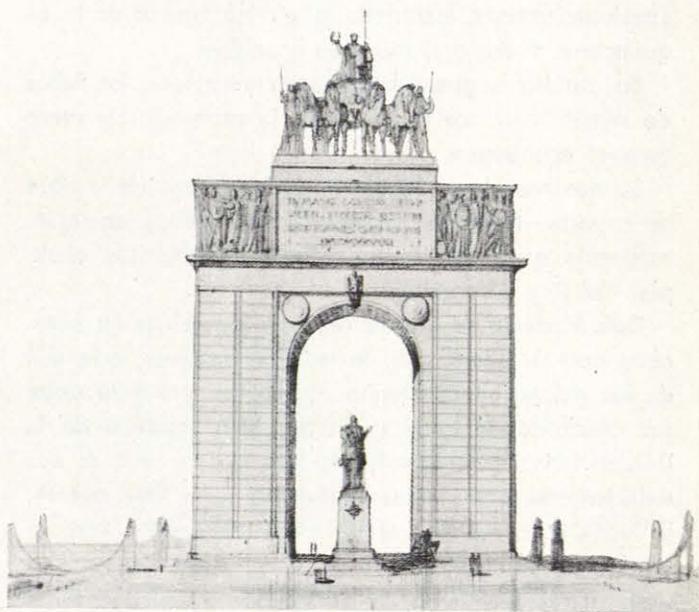
Y la del académico de la Real Academia de San Fer-

nando. Porque él fué un perfecto académico, como lo pudieran ser los de tiempos de Villanueva o Ventura Rodríguez..., tal vez el último, de una gloriosa institución, que, como todo lo humano, ha de morir.

Francisco Cabrero.

Para juzgar a un arquitecto se necesita conocer a fondo sus trabajos; es preciso saber situarse en el ambiente de la época de su actividad, hay que poder medir y valorar la trascendencia de su obra conjuntada con la de la generación. No se está, generalmente, en estas condiciones.

Como profesor sí se le puede perfilar más claramente. Fué hace veinte años, un momento, en España, de discusión en el seno de la Escuela. El alumno discrepaba y se rebelaba a veces ante los criterios surgidos en sus lecciones, pero ponía tanto afán en sus explica-



ciones y al mismo tiempo ofrecía, junto a su concienzudo conocimiento de las cosas, un trato de categoría tan excepcional que su resultado era acusadamente positivo para luego hacerse inolvidable.

En los últimos años de su vida le he tratado, en el trabajo, como director de las obras de la Ciudad Universitaria, encontrándole con el mismo elevado espíritu de siempre y con el afecto multiplicado por el tiempo. Y, cosa extraña, en estas épocas de huérfanos y de falta de escuela, y lejos ya de los tiempos de alumno, el verle y oírle hacía echar de menos sentidamente y desear al maestro.

Dos días antes habíamos hablado con él de temas profesionales. Dos días antes toda su humanidad desbordante se mantenía en pie y su humor fino, su bondad y su comprensión, su entusiasmo por una profesión que era su vida, fluían naturales en una charla cordialísima.

Dos días antes solamente.

Con don Modesto se ha ido un gran amigo, un extraordinario maestro, un profesional ejemplar.

Vivió su vida de gran señor—con ese señorío auténtico que nace del servicio a una noble causa—entregado a la profesión que amaba entrañablemente; hijo de su tiempo fué nuestro último "gran arquitecto" clásico, pero hombre inteligente captó la tremenda renovación de la arquitectura de nuestra época y desde su puesto rector nunca fué obstáculo, sino que, al contrario, estimuló y fomentó la evolución ideológica que en sus últimos años de director de la Escuela se produjo entre los alumnos de Arquitectura.

Su comprensión se extendía a todos los que buscaban apasionadamente, lealmente, el eterno camino de la arquitectura, fuera cual fuese su andadura.

Su repulsa la guardaba para los incapaces, los faltos de sensibilidad, los que ven en la profesión un mero escalabel económico.

Su nombre queda ligado en la historia al de la obra de su vida—la Ciudad Universitaria—, nacida de su inteligencia que supo hacer realidad la voluntad ejemplar del Rey Alfonso XIII.

Don Modesto se ha ido dejando inconclusa su obra, obra que se dilató, por demasiadas razones, más allá de los márgenes de tiempo en que un proyecto debe ser concluido; le hacía sufrir ese lento caminar de la Universitaria, le hacía sufrir la falta de armonía de sus edificios que tantas veces se alejaron de su idea rectora, le hacía sufrir el no ver rematado su sueño. Pero la Ciudad Universitaria, en lo que es propiamente suya—en su planteamiento, en su trazado y en su ordenación amplia y noble—, es ya para siempre la deuda conjunta de Madrid al Rey y al arquitecto.

Pero, si de esa manera queda ligado su nombre a la historia, para cuantos nos formamos en esta Escuela de Madrid, su nombre queda ligado a algo tan íntimo como nuestra propia vida. Fué ejemplo de caballeros, de amigos, de arquitectos y maestros, y como maestro, arquitecto, amigo y caballero vivirá siempre en nuestro recuerdo.

Luis Moya. Redactor-Jefe de ARQUITECTURA.

Su colaboración en la Revista, después de nuestra guerra, consistió en nueve artículos. Son pocos, pero suficientes para mostrar sus extraordinarias dotes de

escritor y de arquitecto. Organizaba el tema como lo haría con el programa de un proyecto, y lo desarrollaba con un método riguroso, como un teorema. Campeaban sobre todo el trabajo las cualidades de orden, claridad, gracia y elegancia con que Dios le había dotado. Cada uno de estos artículos es una pequeña obra maestra: "lo bueno, si breve, dos veces bueno", escribió Gracián.

Cuatro de estos trabajos son biografías de arquitectos: don Aníbal Álvarez y don Matías Leviña (noviembre 1948), don Isidro González Velázquez (febrero de 1949) y don Juan Moya (mayo de 1953). Cada una de ellas, según la traza López Otero, es una lección de arquitectura, no una simple relación de los acontecimientos de una vida. Pone al biografiado en su época, expone lo que ésta ha participado en la formación de aquél, y cómo lo ha hecho, y de todo ello resulta una valoración precisa de las obras y trabajos del arquitecto dentro de su momento y de su circunstancia. Valoración que hace el lector, pues la innata elegancia de López Otero elimina de sus párrafos cuanto puede suponer una loación; él se limita a exponer las bases para que el lector, a quien supone inteligente, deduzca las consecuencias lógicas. Con ello muestra, además, las condiciones de pedagogo, de verdadero maestro, que fueron parte esencial de su personalidad.

No pequeños debieron de ser los trabajos de investigación que hubo de hacer para componer estas biografías, pero este esfuerzo no se exhibe. El ideal de López Otero debió de ser más bien el "Pensador" de Miguel Ángel que el de Rodin. Ni en estos trabajos para la Revista, ni en los claros informes en que tantas veces desenmarañó laberínticos asuntos administrativos, aparecen nunca las complicaciones y desórdenes propios de la suma ingente de datos de una vida, o de un expediente, sino sólo una exposición ordenada y valorada.

La biografía de don Juan Agustín Ceán Bermúdez es más extensa. Se publicó en los números de la Revista (mayo y junio de 1950), y no es realmente la historia de una persona, sino la de dos de sus libros: el *Diccionario Histórico de los más ilustres Profesores de las Bellas Artes en España* (1800) y las *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura en España* (1829), esta última continuación y ampliación del famoso manuscrito de Llaguno. Aquí don Modesto López Otero se extiende mucho más de lo acostumbrado en él, ya que el difícil tema lo requiere, por una parte, y, por otra, porque el método de trabajo Ceán Bermúdez es considerado por López Otero como un ejemplo y un modelo: "Pero, fundamentalmente, sus medios de investigación y de trabajo fueron, además de todo lo anterior, las relaciones con varones de su rango espiritual; severa disciplina para la tarea, oscura y abnegada; dotes de sagacidad, paciencia y meticulosidad, y una idea nobilísima de lo que cada erudito "está obligado a realizar en beneficio

de la pública instrucción..." Estas palabras del maestro de tantos arquitectos, aunque aplicadas al elogio de otra persona, sirven para hacer la apología de su autor, porque todos los arquitectos del trabajo de Ceán, que tanto admira, los hijos suyos, los realizó en su propia vida.

En el número de junio de 1955 se publica "La última lección del profesor López Otero" (6 de marzo de 1955). Es un trabajo fundamental que explica lo que fué su método de enseñanza a lo largo de cuarenta y un años. Breves y precisas alusiones estima este método dentro de las circunstancias, tan variables, que han modificado el mundo desde 1914, en que empieza la vida docente del maestro, hasta la fecha de esta última lección. Explica cómo el método siguió su camino "a lo largo del período más crítico, turbulento y confuso (y quizá más interesante) de la historia de la arquitectura", y hace ver la falta de un estudio sobre el proceso psicológico de la creación arquitectónica—semejante a los que existen ya para la música, la poesía, la literatura, etc.—que hubiera ahorrado tantas cosas sobre este período, y hubiera sido tan útil, al mismo tiempo, para la enseñanza de la arquitectura. "Como de esto no existe nada", dijo, anuncia para el curso siguiente "una serie de conferencias tratando de este proceso, pero precisamente desde el punto de vista pedagógico", con arreglo a un programa que leyó a continuación. Contaba él con las horas libres que tendría desde aquel momento, al ser enviado—como dijo con mucha gracia en la misma lección—"el honorable vertedero de las clases pasivas". Pero medió lo contrario, y tuvo más trabajo que nunca el curso siguiente, y los siguientes, y durante la última semana de su fecunda vida, de

modo que nunca pudo dar aquel curso, y se perdió este último fruto de la experiencia y del estudio de tan alta inteligencia.

Pero, afortunadamente, tenemos una idea de lo que hubieran sido estas lecciones, pues en el Curso de verano (1955) de la Universidad de Santiago dió una conferencia titulada "La nueva Arquitectura", que se publicó en la Revista (enero de 1956). En ella esbozó el problema de la creación arquitectónica "en su medio" histórico, local, social, material, espiritual, etc., sentando unas bases que, sin duda, hubieran sido para el desarrollo del malogrado curso. Esta conferencia no estaba dedicada a profesionales, pero debajo de su claridad divulgadora hay un fondo importantísimo que merecería ser estudiado detenidamente, y desarrollado desde el punto en que lo dejó su ilustre autor; quizá pudiera hacer este trabajo Pascual Bravo, su discípulo, amigo y sucesor en la Escuela de Arquitectura.

En el número de noviembre de 1956 aparece por última vez el nombre de López Otero, esta vez en colaboración con Pascual Bravo, como autores ambos del Arco de la Victoria, en la Ciudad Universitaria de Madrid. La breve explicación del proyecto es otro modelo de claridad y sencillez, en que se expone lo necesario, y sólo lo necesario, de la historia de los arcos triunfales y de su relación con las ciudades a lo largo del tiempo, lo que sirve de base para comprender la solución adoptada aquí por los dos ilustres maestros.

En resumen, los trabajos que de don Modesto López Otero se han publicado en la Revista no son suficientes para representar todos los aspectos de su personalidad, pero sirven para dejar en ella una clara expresión de su altísima calidad.

